

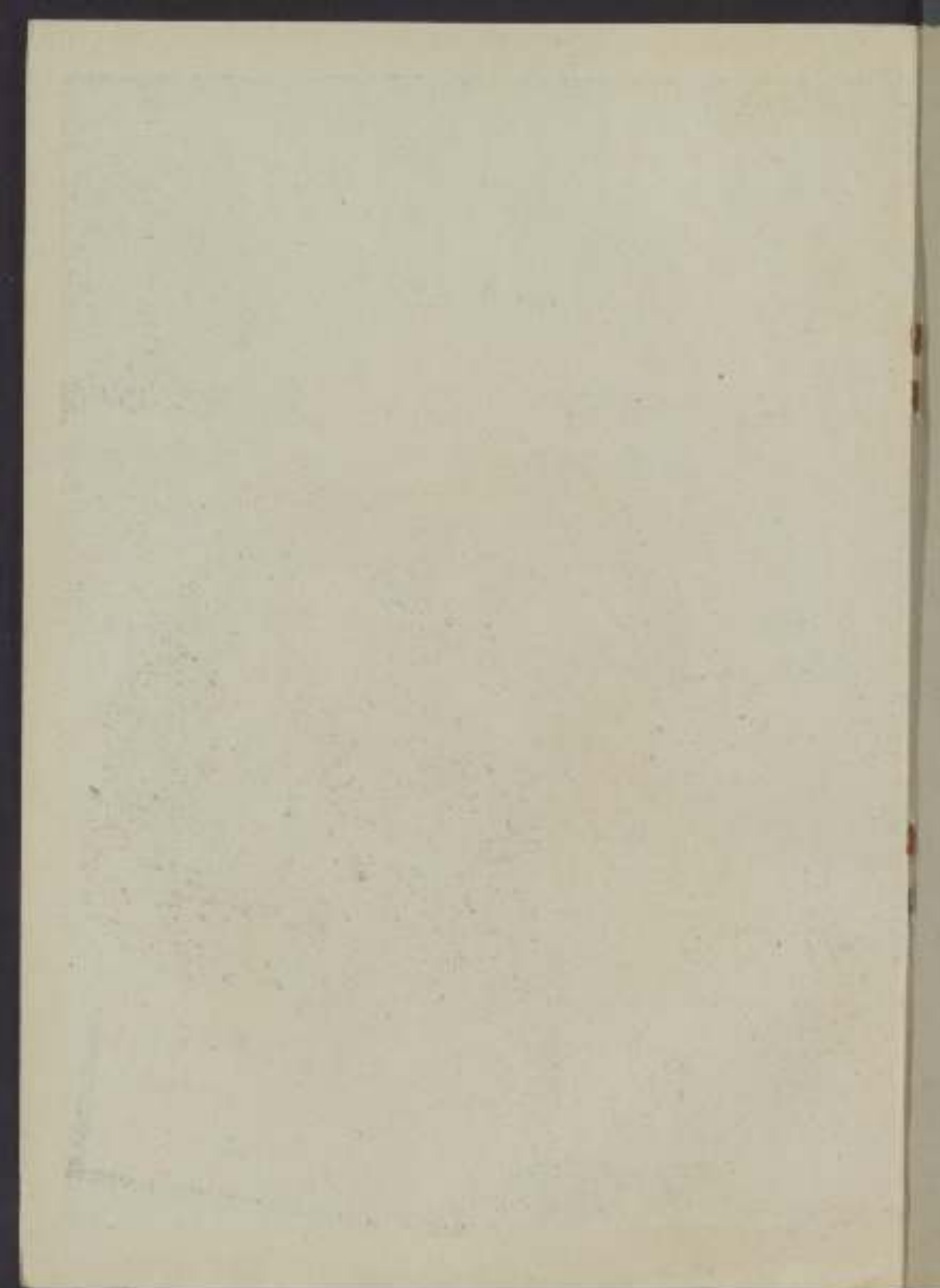
# El BARCO de la MUERTE



GLENN FORD  
CLAIRE TREVOR  
STUART ERWIN

Editorial APAS

EDICIONES BIBLIOTECA FENIX. SERIE ARGENTINA





EL BARCO  
DE LA MUERTE

---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

ARTES GRAFICAS ESTILO  
Valencia, 334 - Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VERRAGUER

Avenida 767 " BARCELONA " Teléfono 70637  
Valencia, 234 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTS DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbuz, 16, Barcelona - Tornos, 4, Madrid

EDITORIAL

ALAS

▼ ▼ ▼

AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 290

NUM. 141

## EL BARCO DE LA MUERTE

La vida durísima de los barcos mercantes, supeditada a las arbitrariedades de un capitán egoísta puede hacerse insoportable. En esta gran película se cuenta la historia de un rudo marinero, que consiguió a fuerza de trabajo dar a conocer un diario en el que se contaba la atroz tragedia a bordo del barco de la muerte.

Distribución  
para España:



Cinematografía Comercial, S. A.

Jacometrezo, 14

MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

---

Gleason Ford  
Claire Trevor  
Evelyn Keyes  
Stuart Erwin

---

---

Director:

Sidney Salkow

---



---

## EL BARCO DE LA MUERTE

### I

«¡Lean el extraordinario! ¡Lean el extraordinario con el motín! ¡El extraordinario...! ¡Viene con todos los detalles...! ¡El extraordinario! ¡El extraordinario con el motín de a bordo...! ¡Pronto será conocido el veredicto...! ¡Lean la prensa con las últimas noticias...!»

Así vociferaba un vendedor de periódicos, precisamente en el muelle, llevando debajo del brazo un grueso fajo de periódicos, que fué despachando rápidamente entre la marinería, ansiosa de conocer los detalles sobre este acontecimiento, no ciertamente insólito, pero que siempre ha logrado llamar poderosamente la atención de propios y extraños, tal vez por la dureza de las penas con que los códigos castigan a los rebeldes del mar.

Las columnas de la prensa son devoradas con avidez y el pensamiento vuela incontinentemente a la sala de la Audiencia, donde dentro de unos minutos empezará la causa su última etapa, la vista para sentencia.

Es solemne el momento en que el Tribunal se constituye. Hay multitud de espectadores situados en los bancos de la am-

plia sala esperando que la voz grave del juez dé comienzo a las actuaciones. Estos espectadores son en su mayoría marinos, hombres para quienes el horizonte del mar es compendio de todos sus horizontes vitales. Desde el mar despiden al sol cuando se hunde sobre las olas de occidente; desde allí mismo le saludan cuando el amanecer resucita por la banda de oriente. Allí les encuentran las bonanzas con sus brisas acariciadoras; allí las tempestades con el estrépito horriblo de sus bramidos. Allí recuerdan, desde allí aman y en el mar sueñan con la paz de la tierra firme. Son gentes duras, que jamás sufren por dolores pequeños y para quienes las distancias entre la vida y la muerte se han empoqueñecido hasta casi confundirse. Marinos son la mayoría de los espectadores en esta vista sensacional.

—Joseph Dawson—pronuncia al fin el juez, hablando pausada, gravemente—. ¿Existe alguna razón por la cual la sentencia no deba ser dictada?

—Muchas razones, señor juez—irrumpe gritando hacia la mesa que ocupa este en el Tribunal, un hombre de más que regular talla, más bien delgado, descuidada la cabellera y el atuendo, y fogosa la palabra—. La declaración que estoy intentado prestar hace cerca de quince días.

—¡Protesto!—exclama, levantándose también y dirigiéndose hacia él el abogado de la acusación—. Durante toda la causa, señor juez, este hombre ha estado tratando de obstaculizar la labor de la justicia con eso que él llama su «diario de a bordo». De diario, señor juez, solamente tiene el nombre, porque en realidad se trata de una narración ficticia, de una pura fantasía.

—Guárdese su opinión, que no interesa—le rechaza Martín Eder, que así se llama el fogoso joven.

—¡Silencio!—exclama el juez, dando un leve golpe sobre la mesa.

—¡Señor juez!—insiste Martín con ánimo resuelto—. He venido pidiendo el mismo favor durante quince días. Dejé usted que el capitán Butch Regan viniese aquí y contara un montón de embustes y que volviera luego a la mar hecho un héroe. La verdad está aquí —enseñando un grueso paquete de folios, en-

vuellos y atados con tosca cuerda—; aquí la traigo yo tal como sucedió. ¿Por qué no hace venir usted al viejo Morley y le enterará de lo que sucede en sus siniestros barcos de la muerte? ¿Por qué tenéis todos tanto miedo a la verdad?

—Una palabras más, joven — le advierte severamente el juez— y me veré obligado a encerrarle en un calabozo.

Martín permanece unos instantes en silencio. Sus ojos se han posado densa y duramente sobre el juez primero y luego sobre todos los que de cerca le rodean. Diríase que en ese momento van a saltarse todos los respetos que implica la justicia y... Pero al fin cede.

—Está bien, señor juez—dice—. Aquí manda usted. Pero yo haré que me escuchen algún día. Yo haré que me escuche todo el mundo antes de consentir esto.

Connie Dawson, rubia, de un rubio estentóreo, y dominada en esos momentos por el puro instinto familiar, no acaba de comprender las razones de Martín. Para ella no existen procedimientos largos. Nada que no sea una solución inmediata puede calmar su angustia, ni resolverle su problema, que por fuerza, desde su punto de vista femenino, no puede hallar éxito feliz sino por los caminos que en su mente estrecha se le alumbran.

—Es necesario algo más para sacar a un hombre de la cárcel —sigue insistiendo.

Pero al cabo de un instante, una luz más fuerte y más noble viene a despejar las sombras que la han tenido cubierta hasta el momento, y tiene un gesto de disculpa:

—Pero... no me hagas caso, Martín. Estoy amargada y voy a lograr amargarle a ti también.

—Pero es que después de todo, tienes razón, Connie. Pensé que con la verdad podría devolverle la libertad... y me equivoqué pensando que me escucharían. Y al fin ¿qué se le va a hacer?

—Hiciste cuanto estaba de tu mano, Martín.

—No lo logré porque no me dejaron—explicó Martín, sintiendo que el alma se le iluminaba con un rayo que no acababa de percibir en toda su claridad—. Pero yo he de hacer que me escuchen, aunque tenga que leerlo desde las escaleras de

la Audiencia. Y... aun haré algo mejor que eso: iré a casa del viejo Morley en persona. Lo que debía haber hecho desde un principio. Es el dueño del barco. Haré que me escuche.

Connie comparte de mala gana sus proyectos. No le han oído —piensa— en el Tribunal, donde un derecho parece garantizar la intervención de todo ciudadano y ¡le van a oír ahora en casa del viejo Morley, donde con pleno derecho pueden cerrarle las puertas!...

—Bien—le dice—, ¿y si se niega?

—Pues, si se niega —le responde Martín, que nada considera harrera bastante para su decisión—, se lo restregaré por las narices.

—Será si se deja—insiste Connie en su pesimismo.

Han llegado en ese instante a casa de Connie. Martín considera, es norma de su vida, que las cosas hay que acometerlas sin vacilaciones ni pérdidas de tiempo. Sale de prisa, se despide fríamente de Connie.

—Está perdiendo al tiempo—comenta Mary, la dueña de casa, que ha salido al corredor al oírles, dejando escapar un suspiro de pena al verle que se aleja rápidamente—. No le harán ningún caso. ¿Por qué no olvidas ya todo ese embrollo y te casas?

—¿Casarme? —pregunta, sorprendida, Connie—. ¿Y con quién?

—Pues con él, con Martín Eden—explica Mary, que lo ve todo llano y natural.

—Martín está muy ocupado y, además... no me lo ha podido.

Martín Eden piensa más humanamente, tal vez porque es hombre que ha vivido durante arduas travesías tan lejos de lo humano. Ha tomado la calle y no se ha detenido ni un solo instante. Tiene prisa. Le urgen los diez años de liberación del amigo, pues que ya no se puede hablar de otra manera. Y no pasó mucho tiempo hasta el momento en que se halló de nuevo ante la brecha abierta a su propio empuje.

—Con permiso, señor—dice un criado al viejo Morley, que

se halla rodeado de invitados en una de las fiestas con que frecuentemente obsequia a sus numerosísimas amistades—. Un hombre, Martín Eden, desea verle.

Eden sabe que el momento es difícil, que no puede prometerse muchas esperanzas. Ha visto a la puerta una fila de coches lujosos, que hablan de hombres influyentes, de bellas damas, de boato, dinero... de todos los recursos sociales, políticos y demás valores indispensables para satisfacción propia y hundimiento del prójimo, sobre todo cuando éste es débil. Y sin embargo, él lo logrará.

—¿Eden?—ha preguntado Morley.

—Sí, señor. Del «Loreley»—le explica el criado.

—Despídele.

—Disperise, señor. No puedo. No quiere marcharse.

—No puedo atenderle ahora. No quiero verle.

—¿Por qué no?—pregunta Brisenden, que se ha acercado al viejo Morley, al verle hablar con cierta violencia al criado—. Puede que nos divierta.

—¿Quién es?—pregunta también Ruth, la hija de Morley, que se halla sentada al piano.

—Martín Eden—explica Brisenden—, el hombre que causó tanta sensación en la Audiencia.

—¿Está aquí?—exclama Ruth, preocupada—. ¡Oh, no le dejes pasar!

—¡Por favor, señor!...—vuelve a insistir el criado.

Pero ya era tarde. Martín Eden ha entrado sin esperar respuesta. Se queda un momento quieto en la puerta del salón. En otras circunstancias le hubiera deslumbrado el lujo resplandeciente del salón y de cuantos lo ocupaban. Pero en estos momentos tiene toda su emotividad ocupada en un paisaje íntimo, el recuerdo del amigo preso, y si algún contacto toma con la realidad exterior es para buscar en ella un camino corto hacia la liberación de aquél.

—¿Quién es el viejo Morley?—pregunta al cabo de unos instantes, avanzando lentamente hacia el centro del salón.

—¡Yo soy!—se adelanta Morley—. ¿Con qué derecho fuerza usted así las puertas de mi casa?

—¡Cuidado! ¡¡Mucho cuidado, Morley!! — le replica Eden, clavándose ambos sus ojos—. No me demuestre tanto desprecio.

Realmente, la figura y el atuendo de Martín Eden, cuyo traje raído y sus melenas desgreñadas disonaban desagradablemente de la rigurosa etiqueta de cuantos estaban allí presentes, resultaba despreciable. Pero Martín Eden, que se vela por dentro, se sentía bastante mejor ataviado que el atildado Morley.

—Tengo algo que decirle—continuó Eden—, y no le molestaré mucho si me atienden. He adquirido bastantes derechos para... —poniéndole delante de los ojos a Morley el «diario» que éste ya conocía bien de la Audiencia.

—¡Retire eso de mi cara!—le rechaza Morley, enérgico.

—No! Hasta que me escuche. A Joseph Dawson le condenan a diez años porque el juez no ha permitido que este diario fuera leído en el juicio. Yo tengo aquí todo el asunto tal como pasó, absolutamente todo lo que pasó.

—Señor Eden — le interrumpe Brisenden, presentándose—, mi nombre es Brisenden. Tengo demasiado respeto a los manuscritos para ver cómo va de un lado a otro ese ejemplar.

—¿Karl Brisenden?—pregunta lleno de asombro Martín.

—El mismo.

—¿No será el autor...?

—El autor—afirma Brisenden, viéndole hacerse interiormente mil cruces.

—¿Usted escribió entonces «Los Gigantes»?

—Creo que fui yo, sí.

—Escuche, señor Brisenden—le cuenta Martín, rodeado ya por la casi totalidad de los invitados, que se apiñan en torno suyo—, yo casi he aprendido a leer de corrido en ese libro. Lo he leído cien veces... no lo sé, he perdido la cuenta. Escuche —llamándole la atención a cada palabra con un estirón de la solapa del smoking.

—Escuche—le dice a su vez Brisenden, tomándole también

a él de la solapa, en plan de broma—, ¿es éste el que usted llama el «Diario del barco de la muerte»?

—Pues... sí, éste es el manuscrito—asiente Eden, con palabras vacilantes, cual si se sintiera arrepentido de haber escrito semejante esperpento literario ante un literato de fama como Brisenden.

—Déjeme leerlo, ¿quiere?

—¡Ah, señor Brisenden! Ese es demasiado honor. Yo sólo pretendía que lo leyera el señor Morley, para que alguien de esta parte conociera la verdad de los hechos.

—De acuerdo, señor Eden—intervino, enérgico, en ese momento el viejo Morley—; pero, si éste es el momento, no es el lugar... Venga a mi despacho.

Poco tiempo después se hallaban en el departamento lujoso del literato. Ruth se ha sentado en una butaca frente a Martin Eden, que está en un diván, con el manuscrito sobre las rodillas y sin apartar los ojos de Brisenden, que se halla algo separado en un cómodo sillón.

—Muy bien, señor Eden—le dice el escritor, que ha escuchado atentamente los pormenores que Eden le ha ido refiriendo como introducción—. Continúe.

—Pues... así es cómo comienza—prosigue Eden, poniendo los ojos sobre las cuartillas—: Catorce de enero, Embarco en el mercante de Morley, el «Lóreley», esta noche... En el momento que puse los ojos en su repugnante casco comprendí de lo que se trataba. Un ataúd de hierro, un vagón de la muerte botado para las cálidas latitudes...

El pensamiento se abre, a través de las páginas de Martin Eden, al recuerdo del pasado. Las escenas se suceden con estricta fidelidad, y podemos recorrerlas una a una, igual que si hubiéramos estado presentes al lento fluir de los hechos. Mejor, los estamos viviendo.

## II

Niebla en el muelle. Lluvia suave, mejor, y de noche. Martín Eden, con las huellas del dolor de la vida en su atuendo, en todo su ser, avanza lentamente, con los ojos alzados al barco atracado.

—¿Eres tú, Butch?—pregunta, cuando divisa entre la bruma un bulto junto a la escalera de acceso al barco.

—El capitán Regan para usted —le contesta desde arriba Butch, estableciendo brutalmente la distancia que debe mediar entre el capitán y el marinero.

—Sí, señor capitán—contestó Martín, deteniéndose antes de emprender el ascenso, mirándole con íntima indignación.

—Sube a bordo—le ordena el capitán, observándole, cuando asciende con el saco de sus enseres al hombro, como un fugitivo de la vida—. ¿Qué tienes ahí?—le pregunta cuando ya se hallan frente a frente sobre cubierta, junto a la barandilla—. ¿Sigues metiendo las narices en esos sucios libros? Creí haberte dado una buena lección —quitándole de las manos el volumen que lleva Eden—. «Los Gigantes» —leyendo a media voz—, por Carlo Brisenden —y lo arroja al mar.

—¿Eres el nuevo grumete?—pregunta Regan a un muchacho que mira desde abajo, saltando desde una barca.

—Sí, señor—dice el muchacho.

—Bien, sube a bordo. No te quedes ahí como un pasmarote. ¿Qué es eso que llevas?

—Un libro. Se había caído al mar. ¿Es de usted, capitán?

—No tolero libros en mi barco.

—Pero pensé que...

—Tampoco tolero que se piense. Recuerda esto. Recuerdalo te digo —al mismo tiempo que le da un pescozón, empujándole con el pie cuando el muchacho quiere incorporarse de

dónde le ha tirado, haciéndole caer de nuevo escalera abajo, hacia los motores de las grúas.

—Sí, señor—contestó Johnny, aterrado.

Regan se dirige al puente. Es un hombre alto, fornido, sin adiposidades, todo nervio en el cuerpo y todo maldad en el espíritu.

—Gracias por haber salvado el libro—dice Martín a Johnny, cuando se hallan solos.

—Yo también tengo uno... un libro. Me lo dieron los muchachos cuando me escapé del orfanato.

—Só valiente—le aconseja Martín—. Que no se entere nadie que sutres. Tú te lo tragas todo y aprendes a averiguar lo que se traen entre manos.

—Ya lo he aprendido. ¡Claro que lo he aprendido!

—Aun no, muchacho. ¿Ves esto aquí?—señalándole en torno—. Es un barco. A bordo no puede insubordinarse, porque eso sería grave. Atraparemos a Regan cuando estemos a la orilla. Eso ya no es el barco, ¿ves?

Los dos se despidieron como buenos amigos, como los entrañables amigos que crean los dolores comunes. Cada uno a su vida, a luchar con el barco y con el mar.

Tiempos después oyó Martín desde su camarote a Johnny, que ocupaba el de debajo, que estaba leyendo, casi defetreado.

«El chico—oyó—fué a ver a Regan cuando estábamos en Tahiti y le pidió unos cuantos dólares a cuenta de su paga. Podía ese dinero para comprar tarjetas postales para los chicos que aun están en el orfanato.»

—¿Qué tienes ahí, muchacho?—le preguntó, al reconocer las páginas de su diario.

—¡No escriba eso!—le suplicó Johnny—. ¡No escriba lo que ese hombre me ha hecho!

—¡Deja eso! ¡No sigas!

—No, Martín; no, por favor.

—Mira, muchacho, si puedes soportar todo eso, creo que podrás leerlo una vez escrito.

«Abril, 20 —sigue leyendo Johnny—. El chico ha estado

enfermo durante muchos días y creo que no nos debe extrañar. No eran sólo los gusanos en la comida; eran también los malos tratos que recibía de Regan.»

Los días pasan con fragor y lentitud sobre el lomo de las olas. Si es verdad que nadie sabe hasta dónde pueden llegar las resistencias humanas, es verdad innegable también que los sufrimientos hacen siempre mella y no siempre se encuentran con ánimos dispuestos a soportar indefinidamente.

Un día estaba Martín Eden también en su camarote, tomando sus acostumbradas notas diarias, cuando llegaron varios marineros, a querellarse y pedir su colaboración.

—Escucha, Martín—le dice Mike, un marinero que debió ser bastante grueso—. Tienes que prestarnos ayuda. Los muchachos no quieren aguantar más.

—Yo me dirigí a él muy diplomáticamente—explica Joe—. «Capitán Regan, señor—le dije—: esta última remesa de viveres es aún mucho peor, señor, y creo que será mejor que cambie de carnicería, señor». «¿Carnicería?—me contestó él—. Has de saber que viene de un triste muladar». Y luego me golpeó con fuerza. Y la cosa no paró ahí, eso fué sólo el comienzo. Mi chica empieza a notarlo, mira—abriéndose la camisa y enseñándole en el vientre el tatuaje de una mujer.

—¿Que mire qué?—pregunta otro marinero, volviéndose hacia Joe, que les enseña su tatuaje—. De veras, se está quedando tan delgada que no podrá sostenerse en pie.

—¡Si sólo tiene los huesos y la piel—prosigue Joe en su grotesca pantomima—. Necesita rellenar un poco, ¿ves? Ha perdido la línea.

—Sí—vuelve a insistir Peter—. Todos necesitamos poner un poco de carne en el potaje. Tenemos que ponernos todos de acuerdo e ir a ver a Regan, Martín.

—Tú tratas a Regan, Martín; tú puedes hablarle—añade Mike—. Nosotros, no. Podemos formar una comisión.

—No me interesa—contesta tajantemente Martín.

—Mira—insiste Joe—. ¿Te das cuenta de que percibe un

dótar diario por mantenernos? Se lo apropia todo, salvo unos centavos, y nos da de comer carne corrompida.

—Así es, en efecto—ratifica Martín—. Pero yo la como. Tengo cosas más importantes en qué pensar. Si no os agrada, ¿por qué no vais al comedor de los oficiales y os apropiáis bonitamente de toda la ración de carne de Regan, en lugar de venir a quejarnos a mí?

—Escucha, Martín—dice de nuevo Joe—, no es solamente por nosotros; es... por el chico.

—¿Qué le hace falta?

—Una comida decente. No puede comer esa porquería—dice Peter energicamente.

—Regan le encierra abajo, en el lazareto, hasta que la come—explica Joe.

—Bien, dejadle reventar, si es eso lo que quiere—replica Martín, intentando desentenderse de las intenciones levantiscas de sus compañeros—. El chico tiene que aprender a vivir como cualquiera de nosotros. Y ahora largaos de aquí con vuestros sentimentalismos trasnochados.

Una noche, amparado por las sombras, Martín se dirigió hacia el comedor de los oficiales. Empujó la puerta apretada y entró. El comedor estaba completamente solitario.

Martín se quedó unos instantes en silencio, escuchando. Advertía perfectamente el balanceo del barco, azotado por las olas, navegando por el mar Caribe. Fuera rugía el viento y la lluvia tenebrosa lo envolvía todo juntamente con los golpes de mar en un total diluvio. Al fin, arrimó uno de los platos que se hallaban en el centro de la mesa, tomó unas lonchas de jamón y empezó a comer, de pie. Así se hallaba, cuando la puerta se abrió de nuevo. Era Regan, el capitán.

—Adelante, señor Eden—dijo éste en son de broma—. ¿Puedo invitarle a participar de mi cena?

—Gracias—contestó Eden—. Ya lo hice yo por mi cuenta.

—Tendrá que dispensarme el servicio...

—Sí, sí. Es, desde luego, mejor que el rancho.

—Pues, si es así, sírvase un poco más—lanzándole con toda

su fuerza un plato grande lleno de jamón, sobre la superficie de la mesa contra el vientre—. Caramba... me figuré que resistías poco —comentó, al ver que Martín, aunque acusaba la violencia del golpe, permanecía en pie, mirándole cara a cara—. Vuelve a tu puesto.

—A sus órdenes, capitán—repuso, devolviéndole de igual manera el plato de jamón.

Y se fué.

Butch Regan se llevó las manos al vientre, retorciéndose de dolor sin tener lugar a responderle. Sin darse cuenta tampoco de que Martín llevaba en la mano algo de jamón del que tan galantemente le había ofrecido.

Se habían despedido para poco tiempo, desde luego, pues a los pocos minutos se encontraban a plena intemperie, sobre cubierta.

Martín había ido al comedor de la oficialidad no precisamente para matar un hambre que, mejor o peor, iba resolviendo a base del infecto rancho, sino a buscar algo con qué hacer más llevadera la prisión de Johnny en el lazareto.

El pobre muchacho veía un resquicio de luz. Esa luz que misteriosamente se enciende como una esperanza definitiva, precisamente cuando ya nada puede ser eficaz en este mundo.

Martín ha logrado abrir la reja, que queda inmediatamente debajo de la escotilla. Ha descendido por la escalera de delgados barrotes de hierro hasta el montón de cuerdas, sobre el que descansa el pobre Johnny enfermo, hambriento y reducido a la más espantosa desolación. Le ha tomado sobre sus hombros y asciende, para llevárselo a su camarote. Ya está venciendo las últimas resistencias del ascenso. Lucha ahora con la fuerza del viento arrollador, con los golpes de agua en lo más fuerte de la tenebrosa tempestad. Ya está casi fuera, después de dejar en el estrecho espacio que queda entre la boca y la barandilla en la popa misma del barco, cuando siente la mano fuerte de Regan.

—Oiga, Regan—le dice enérgicamente—. El chico está enfermo.

—¡Vuelve a tu puesto!—le grita el capitán.

—Se lo prevengo, Regan—insiste—. Si vuelve usted a tocar a este chico...

—¿Amenaza, señor Eden?—dijo sarcásticamente.

—No amenazo. Pero sí recibirá un golpe bien dado en la oscuridad de la noche.

—Si no lo doy yo primero—replica el capitán.

Martin Eden vuelve a su puesto. Regan, que ha llevado un plato con carne podrida, el mismo que el muchacho ha rechazado mil veces ya, intenta obligarle a que se lo coma. El chico se resiste.

—Come esa carne. ¡Come esa carne, te digo!

El muchacho ha forcejeado. Regan le acosa, intentando aplastarle contra los hierros de la baranda. Johnny logra dexasirse, pero en su desesperación ya no intenta otra cosa que poner fin a su misera existencia y se precipita por la borda al mar embravecido.

El capitán llama en su ayuda a algunos hombre de la marinería. Pero ya todo es tardío. Cualquier intento de salvamento hubiera sido un suicidio. El crimen estaba consumado. Johnny sería pasto de los peces, arrastrado por la vehemencia de las olas.

Los ánimos se soliviantaban cada vez más. Martin Eden lo iba haciendo constar en las páginas de su diario, que el capitán perseguía con el mismo encarnizamiento con que había empujado hacia la muerte al infeliz muchacho, que un día pensó hallar la salvación evadiéndose del orfelinato, donde había empezado a sentir las asperezas de la vida.

A los pocos días, Regan entraba en el dormitorio de la marinería. Encontrábase allí sólo Martin Eden, escribiendo. Butch puso en práctica sus habituales procedimientos, cuya principal característica era la violencia. Asestó a Eden un golpe en la cabeza y se adueñó de los folios en que iba quedando el relato de los trágicos acontecimientos de a bordo.

Pero no pudo llevar a término su proyecto de arrojarlo a las olas, en seguimiento de la infeliz víctima, que era el principal

tema en él contenido, pues en ese mismo instante entraba en el dormitorio Joseph Dawson.

—Dame ese libro, Regan—le dijo con tono sombrío y enérgico.

—Ven tú a cogerlo—contestó el capitán.

—Ahora nos toca a nosotros, Regan—dijo entonces Dawson, sacando una pistola con que le encañonó—. Coge tu libro, Martín—al ver que éste se incorporaba difícilmente.

—Déjale marchar, Joe—suplicó Martín—. Le cogeremos fuera.

—Escúchame, Martín—le advirtió Joe—. O él o nosotros.

—Déjale marchar!—insistió Eden.

—Si lo hacemos, ninguno de nosotros llegará a puerto con vida.

—¡Joe!—le gritó Martín, al ver que Dawson se afianzaba por momentos en el siniestro propósito de acabar con aquella situación.

Pero nada fué bastante para hacerle detenerse.

—Sal de aquí—dijo Joe a Regan, sin dejar de apuntarle con la pistola.

—¡Suelta ese revólver, Joe!—insistía cada vez con más vehemencia Martín.

—No, si no metes a Regan en el lazareto, como él hizo con el chiquillo.

—¡Eso es venganza, Dawson!—seguía argumentando Martín.

—Los jueces no opinarán lo mismo cuando lean lo que Martín Eden ha escrito en su libro.

Regan dejó el libro en manos de Martín. Luego, clavándole unos ojos asesinos a Dawson, salió lentamente del dormitorio.

Fuera se hallaban reunidos ya, pues algunos habían oído la violenta discusión que dentro se había planteado y habían extendido el rumor por todo el barco.

—El mató al chico—decía uno de los marineros.

—¡Dale fuerte, Joe!—le azuzaba otro—. Puede que no sea bastante.

—¡Joa! —le gritó descendiendo hacia las grúas un maquinista.

—Tú no te metas en esto —le contestó Dawson—, ni tú tampoco, Martín. Esta cuestión sólo atañe a Regan y a mí. Os aseguro que no volverá a molestarnos nunca más.

—Te lo advierto, Dawson—dijo Martín, ya sin esperanzas de contenerle ni de calmar a los demás—. Te condenarán por esto a diez años.

—¡Cállense! —exclamó Regan, lleno de indignación—. Sois una masa maloliente, que me produce náuseas. Dawson y Eden son aquí los únicos valientes. En cuanto a lo de Martín y sus libros, él y yo sabremos arreglar estas cuestiones. Del resto de vuestras quejas estoy harto. Estoy cansado de vuestros gritos y lloriqueos de mujeres. Llévame, Dawson; me alegro de cambiar unos días de viaje en el lazareto por diez años de tu vida en un presidio.

Regan dió con sus huesos en el lazareto. Seguramente allí tuvo tiempo para convencerse de la dureza de los malos tratos a que había sometido a Johnny. Pero no era temperamento fácil a blanduras. Si ahora empezara, sus procedimientos serían los mismos. Jamás creyó en los amigos, que ningún interés tuvo en cultivar, sino para sus fines, que tampoco tenían nada de noble ni elevado. Si no fuera por Eden, allí se moriría de hambre, de sed de tedio...

### III

Los espíritus, el pensamiento se han ido al corazón del mar, a las cálidas latitudes, a la tragedia del «Loreley», olvidadas del auténtico mundo circundante. Fué preciso que Martín Eden llegara al final de la lectura, para que los tres, Ruth, Martín y Brisenden mismo, se dieran cuenta de que se hallaban cómoda-

mente sentados en mullidos divanes y butacas. Fué un retornar feliz a la realidad, pues las pinceladas que llegaban a constituir el total cuadro de a bordo eran demasiado duras.

—¿Está bien?—pregunta Martín con ansiedad, observando hasta los más insignificantes gestos de Brisenden.

—¿Bien qué?—pregunta éste a su vez, levantándose y dando unos pasos por la habitación.

—¡Bris!—le suplica Ruth—. No seas odioso.

—Lo siento, muchacho, lo siento—dijo, después de pensar unos momentos—. Temo que eso no haya ocurrido. Es demasiado brutal, demasiado crudo.

—¡Es la verdad!—afirmó Martín con firmeza y convencimiento.

—La verdad, señor Eden—comentó Brisenden—, es como unos anteojos. Cuestión del astigmatismo que cada uno padezca.

—No lo comprendo—le replica Martín.

—El hombre—explica el literato—ve tan sólo lo que quiere ver. El público no compra libros, pide un desentace romántico. No admite cincuenta mil palabras de sordida brutalidad.

—Señor Brisenden—le arguye Martín—, en «Los Gigantes» decía usted mismo...

—Claro que lo decía... —le interrumpe él—pero hablaba conmigo mismo. Usted es la única persona que conozco que haya leído ese libro.

—Yo lo he leído—interviene Ruth, sorprendida de la afirmación del escritor.

—Mis dos lectores favoritos—sonriendo—. Pero en serio, señor Eden, si acepta mi consejo...

—Lo acepto—asiente Martín, sin esperar a que aquél formule cuál va a ser realmente su consejo.

—Pues entonces—le dice aquél, clavándole los ojos, para ver el efecto que sus palabras causan en Martín Eden—, no juzgue un libro por su verdad. Júzguelo por la cantidad de personas que lo compran. No comprarán su «Barco de la Muerte».

—Pero yo no pido que lo compren. Sólo quiero que lo escuchan.

—No lo harán, no, desde luego. A menos que tenga usted nombre y fama.

—Y mientras tanto... ¿qué será de Joe Dawson? ¿Seguirá en presidio!

—Olvidelo—le dice Brisenden friamente, como si esta expresión viniera del seno de una nube, que llevara en el fondo del alma.

—¡Eso... es fácil de decir!—exclama Eden con desconsuelo.

—Yo me temo—vuelve Brisenden a la carga—que usted haya olvidado otras muchas cosas, que yo digo en «Los Gigantes»: «Vive tu vida, no te mezcles en las penas de los demás. Escribe lo que te guste, pero dale un rumbo a tu vida... No te dejes arrastrar por ella».

Martin ha escuchado estas palabras con los ojos puestos sobre la mullida alfombra. Efectivamente, se topa interiormente en un recodo tenebroso de su recuerdo, con estas palabras, que Brisenden le repite. Las recuerda. Pero le han parecido monstruosas desde la primera vez que las leyó, de un egoísmo brutal y, desde luego, lo más opuesto a sus actuales preocupaciones y anhelos en torno a Joe.

—¿Está aquí su nombre y su dirección?—le pregunta Brisenden, tomando en sus manos el «Diario» de Martin.

—No. Es... Sylva Hotel Oakland.

Martin ha vuelto a la vida, ante el interés que Brisenden se toma por su manuscrito y se apresura a darle sus señas. A cada rasgo que el escritor deja sobre el papel, en que va envuelto y atado con una cuerda el «Diario», espera él una palabra que sea luz y camino del éxito.

—Le diré lo que yo haría para demostrar que tengo razón. Ahora enviaré esto a un editor que conozco.

—¡Gracias!—exclama Martin, lleno de júbilo.

—Lo creo, señor Eden—subraya Ruth, que le ha estado escuchando embobada, desde que Martin empezó a leer sus cuartillas y en el curso de toda la conversación con el escritor.

—Gracias, muchas gracias, señorita—le dice Martin, algo

confundido por la espontaneidad de las palabras de la joven, que es bella y elegante— Bien... Buenas noches.

—Buenas noches—le contesta Brisenden.

—Buenas noches—vuelve a decir Martín, sin saber cómo emprender la salida, nervioso, como un niño avergonzado.

—Acompáñela a casa—le dice Brisenden a Martín, poniendo mucha intención en sus palabras—. Le ha estado esperando toda la noche.

—Creo que no merezco esa suerte—contesta Martín, más confuso todavía, sin atreverse a mirar casi de frente a Ruth ni a Brisenden.

—Buenas noches—le dice ahora Ruth, tendiéndole la mano.

Martín sale. Sale precipitadamente, como si le persiguieran no hombres, sino fantasmas, seres invisibles, de que se huye aun a conciencia de que es imposible librarse de ellos.

—Has dicho una majadería, Briss—repudió Ruth al escritor, cuando Martín salía a la calle.

—¡Ruth, Ruth... sé que te gusta el libro! ¡El amor a la literatura te pierde!—le contesta él con tono sentencioso y previsor.

—No seas absurdo.

—Ruth—le arguye él, sin alterarse—, no has podido apartar los ojos de él, mientras estuvo aquí.

—Basta ya, Briss—le ataja ella enérgicamente.

—Creo que es maravilloso—sigue hablando el literato—. Tiéndele la mano. Apártale de esa manía de escribir sobre la justicia y la verdad y todas esas tonterías. Conviértelo en un hombre que sepa cómo presentarse en un salón, igual que lo hacemos nosotros, como debe hacerlo un caballero. Enséñale algo de gramática, cómprale ropa elegante, y tu Martín Eden parecerá alguien.

Martín Eden estaba, naturalmente, muy ajeno a todo lo que habían hablado Ruth y Brisenden, después que él se marchó, por cierto bastante corrido, de la entrevista, por otra parte, totalmente inesperada en casa del escritor. Era, por otra parte, absolutamente indispensable que pensara en el modo de en-

cauzar las cosas, para que no se frustraran definitivamente sus planes de libertar a Joe. Descansó, pues, las pocas horas que le quedaban de la noche, y, a media mañana, se dirigía a la cárcel, acompañando a Connie, que estaba haciendo cuanto un hermano es capaz de hacer por otro, por el preso.

—¡Hola, Joe!—saluda Connie.

—¡Hola, Connie... Martín!—contesta Joe, lleno de júbilo.

—¿Cómo estás, Joe?—le pregunta Martín.

—¡De primera!—dice el preso, resueltamente.

—¿Te tratan bien?—insiste en preguntar Connie.

—¡Mejor ya no cabe!—explica Joe—. Una alimentación que jamás tuvimos en el «Loreley». Tres comidas al día y merienda también. No se lo digáis a nadie, pero creedme que estoy disfrutando en estas vacaciones.

—¿Sí?—le dice Martín con tono dubitativo.

—Sí, mira—ratifica Joe—, echa un vistazo a mi chica—des- cubriéndose el estómago, para que Martín vea el tatuaje, que él lleva allí, mientras Connie se cubre los ojos—. Está pasando también una buena temporada. Mejor que nunca. Ahora tiene pedacitos de carne en la comida. Sí, señor, lo estamos pasando muy bien, yo y ella. Todo es estupendo... ¿Qué pasa?—preguntá, interrumpiéndose, al ver el gesto de tristeza que se dibuja en el rostro de Martín y de su hermana.

—Es inútil. Estás mintiendo, Joe—dice Martín.

—¿Mintiendo?... Y a propósito, ¿dónde te has metido tú?

—Pues... en algunos sitios particulares.

—¡Particulares! ¡Esa es otra!—exclama Connie, con mal disimulada amargura y desconfianza—. Seguramente en sociedad.

—¡Bien, basta ya!, ¿no os parece? Tengo derecho a hacer lo que me plazca. El hablar es buen camino. Palabras sinceras...

—Claro, Martín, claro—le dice Joe, también súbitamente entristecido—. Estaba bromeando. Emplea todas las palabras que quieras.

—Estoy tratando de ayudarte, Joe; eso es todo. Sólo que necesito tiempo, más tiempo de lo que creía.

—Tómame todo el tiempo que te haga falta, Martín—concede Joe—. Esa es la única cosa que me sobra: tiempo.

Estas últimas palabras del preso, pronunciadas con una pena infinita, hubieran sido bastante para conmover las entrañas de una piedra, y no es preciso insistir el efecto que produjo en el ánimo de los dos visitantes. Pero esta desolación de todos se acentuó mucho más cuando llegó un guardián de la cárcel y, dándole un golpecito en el hombro a Joe, le hizo conocer que ya había terminado el tiempo concedido para hablar con sus familiares.

Joe se aleja, salvando puertas y más puertas, todas de hierro. Connie y Martín toman el camino de la calle. Hablan, discuten, se enfadan y se aman, a pesar de lo muy ocupado que anda él y de lo muy arisca que se manifiesta ella, además de desconfiada y dura de expresión. Él quiere salvarlo de las rejas; ella piensa que él no hace más que perder el tiempo en rodeos absurdos. Hay que ir derecho a las cosas y pronto. Cosa de hombres es saber por dónde.

Es su vida de todos los días, de todos los momentos, en esfuerzo afanoso, en un destajo de honor, para salvar esa meta, que le está doliendo en el alma.

#### IV

Una mañana está Martín, como es ya su costumbre rápidamente adquirida, volcado sobre los papeles. De repente suena una llamada a su puerta.

—¿Sí? ¿Quién?

—Hola—le saluda Ruth.

—¡Adelante!

—Si le sorprende verme por aquí, no puede en verdad con-

—surármelo— le dice Ruth con una sonrisa llena de amabilidad femenina.

—Creo que estoy más contento que sorprendido—contesta Martín, buscándole un acomodo en la estrechez de su habitación, la única de que él dispone, casi pegando al techo en una casa bastante vieja de los barrios modestos.

—Bonita respuesta—elogia ella—. Se está usted volviendo un caballero.

Ruth se ha levantado de la silla que le ha cedido Martín y curiososa por la habitación. Lleva un traje gris que da gran prestancia a su tipo, ya bien bonito por sí solo. Sus movimientos, además, parecen especialmente estudiados para esta oportunidad, en que ella ha presupuesto de antemano que no habrá derroches de finura, sino más bien instinto, ese instinto feroz de luchadores con que los hombres se enfrentan unos contra otros, sobre todo cuando el medio no ha sido propicio en elementos educativos y forjadores de cultura. Brisenden, el literato, tenía razón. Ruth se ha lanzado a la lucha, esa lucha generalmente inédita, de corazón en la mujer cuando en la muchedumbre que pasa vertiginosamente en torno descubre o cree haber descubierto al hombre hecho para ella.

—¿Qué son éstos?—le pregunta, señalándole unos papelitos que Martín tiene clavados con alfileres junto al espejo del lavabo.

—¡Oh, éstas son listas de palabras! Saco las palabras de un diccionario y las pongo aquí en grande... y me las aprendo de memoria mientras me afeito y me visto. Diez nuevas palabras cada día, para perfeccionar mi vocabulario. Es un método magnífico y no me lleva tiempo.

—Sí, que le lleva mucho tiempo...—le dice Ruth con cierto reflejo lejano de dolor, que Martín no llega a percibir—. Pues... —prosigue ella, volviendo a su sonrisa— salí a dar un paseo esta mañana tan hermosa y tengo un encargo para usted de mi padre. Así es que pensé en llegarme hasta aquí y verle. ¿No quiere ni siquiera saber lo que dice mi padre?

—Sí, sí... claro —le responde Martín, que se ha quedado

embelesado escuchándola, pero sin darse cuenta de lo que está diciendo, sintiéndola más bien que oyéndola.

—El «Loreley»—explica ella—está en el puerto y mi padre ha pensado bajar e investigar él mismo sus condiciones.

—¡Vaya, eso está bien!—exclama Martín, olvidándose de todo lo demás, hasta de la belleza cautivadora de Ruth—. Está bien y me gustaría estar allí cuando le dé a Regan su merecido. Sí, su viejo tiene razón, ¿no sabe? Tiene gracia, ¿verdad? Quería visitarlo... No pudo estar allí cuando fondeó. El se encargará de ese granuja.

—Señor Eden, está usted olvidando su lista de palabras.

—Sí; pero hay otras muchas cosas que... que voy a recordar bien durante mucho tiempo—mirándola fijamente.

—Ya sabe, señor Eden, que si emplea algunas de sus palabras al dirigirse a mí, me sentiré ofendida.

—¿Cuál, por ejemplo?—los dos muy juntos, mirando las palabras escritas en pequeños papeles junto al espejo.

—Esta—señala ella.

—¡Ah! Es una palabra que significa muchas cosas. Cosas de mucha importancia—explica Martín.

—¿Y esta otra, por qué?—vuelve a preguntar ella.

—¡Ah, catastrófico! Pues sencillamente, porque suena muy bien.

Pero, sin duda alguna, Martín se reprochó después la reflexión. El pensamiento es a veces impertinente, inoportuno.

—¡Hola!—dice una voz, empujando la puerta de golpe.

Era Connie, que en ese momento llegaba de la calle, mejor, del trabajo. Traía un bulto bastante grande, que dejó sobre la silla, en que se había sentado Ruth.

—¡Hola!—contestó Martín, sorprendido acaso de que se le echara encima el tiempo tan sin sentirlo.

Las dos mujeres se miraron. No hubo presentaciones. Hubiera sido el inicio de la lucha y no había por qué precipitar los acontecimientos. Ruth se despidió de prisa y descendió sin volverse a mirar, pues tenía la seguridad de que Martín no saldría a despedirla a la escalera, como así fué, en efecto.

—¿Qué traes ahí?—le preguntó Martín a Connie.

—Pues ¿qué va a ser? Lo he visto y lo he rescatado.

—¿No tienes nada mejor que hacer con tu dinero?—la amonestó Martín.

—¡Estás perdiendo tu tiempo con esas historias, que no van a servirte para salvar a mi hermano!—estalló Connie violentamente.

—Mira, Connie—le explica Martín—. ¿Cuántas veces voy a repetírtelo? Tengo que hacer la publicación de esa otra con vistas a que la gente me conozca.

—Bien, pues me parece que no es ése el mejor camino—insiste Connie—. No sé si me lo has preguntado, pero creo que te estás engañando a ti mismo, Martín. No eres un literato, eres un luchador. Con palabras bonitas, pero un luchador. Con los libros no estás en tu ambiente, sino en los barcos. ¿Por qué no intentas llegar a capitán, como Regan? Demostrarle lo que debe ser un capitán, ¡eso es lo que debías hacer!

—Así es que no soy un literato, ¿eh?—le replica Martín, bastante molesto por las palabras de Connie—. ¿Y qué me dices del «Barco de la Muerte»?

—Eso es distinto. Eso es un diario. Ahí sí que está la pura verdad. No tuviste que inventarlo.

—Pues... Brisenden me cree capaz de escribir.

—Y supongo que ella lo cree también—dice Connie, dejándose caer y con desprecio.

—Pues puede ser que sí, puede ser que no.

—Pues de veras lo siento, Martín. Sí, lo siento—reacciona duramente Connie—, y es que no me gusta verte perder el tiempo de ese modo. Ahí sentado, exprimiéndote el cerebro para nada.

—No es para nada. Te lo demostraré—asegura Martín, a quien Connie va sacando ya de quicio con sus impertinencias—. Espera. Libertaré a Joe y lograré, además, la celebridad.

Martín tiene fe en el fruto de la constancia. Trabaja sin cesar. Escribe y escribe con tesón. El espera confiadamente que al otro lado de un primer horizonte de esfuerzos, el camino em-

piece a ser más llano, que la celebridad empiece a favorecerle con sus sonrisas, y entonces ésta será la llave que abra las puertas de la cárcel.

¿Pero es que Joe lo significa todo para la vida de Martin Eden? ¿No tienen ningún valor para él ni Connie, ni Ruth? Hay momentos en que parece olvidarse de que se ha echado sobre los hombros esta pesada carga, para entregarse a la contemplación de otras bellezas, no precisamente morales, para las cuales bastan los ojos del espíritu, sino físicas y corporalmente tan bellas como se le ofrece Ruth Morley, la hija, única además, del armador a que pertenece el «Loreley» y otros barcos de la misma Compañía. Antes, por otra parte, cuando era un hombre ingenuo y crédulo, para quien la verdad era el valor supremo, pensaba que bastaba querer el bien para que éste se hiciera. Por ello fué Joe su preocupación única. Pero en el campo de su lucha, tuvo que darse cuenta de que se necesitaba algo más para sacar a un hombre de la cárcel, como Connie le hizo notar, y al lado de aquel primero y simple, ha tenido que poner otro valor, el único que a él y para él le parece posible: la celebridad. Este es el otro objetivo de su vida. Pero, ¿para qué?

La vida, sin embargo, va de ordinario tan de prisa, que las cavilaciones y problemas quedan en puros planteamientos. La acción mata el pensamiento. A veces hasta el escrúpulo.

## V

Martin no podía faltar a la visita que Morley giraría a su barco, el «Loreley», que se hallaba en el puerto, según le había comunicado Ruth, en aquella inesperada visita. Y fué precisamente con ella y con el viejo Morley.

—¿Qué hay, señor Morley?—le saludó así que hubieron remontado la escalera desde el muelle, uno de los oficiales.

—¡Mr. Wate!—le tendió la mano el viejo Morley—. ¿Dónde está el capitán Regan?

—En el puente, señor—contestó el oficial.

El barco se hallaba en las naturales faenas de descarga, atracado al muelle, por donde los marinos iban y venían presurosos.

—Bien, bien, señor Morley—saludó Regan, apareciendo en ese momento.

—¡Capitán, qué sorpresa tan agradable!—dijo el viejo, dándole la mano—. Le presento a mi hija Ruth, capitán Regan.

—Encantado de conocerla, señorita—se inclina Regan.

—Y me parece que ya conoce a Martín Eden—dice de nuevo Morley.

—A quién, ¿a Martín?—preguntó sorprendido Regan—. El y yo somos amigos desde que éramos así...—señalando la estatura de un pequeñuelo y riendo.

En ese momento suena la campana de a bordo, llamando a rancho.

—Ocho campanadas—prosigue Regan, aguzando el oído—. La hora de comer. ¿Quieren los señores comer con nosotros y demos después una vueltcita por el barco?

—Muy amable, capitán. Estoy seguro de que será muy interesante ver cómo viven y se alimentan sus hombres.

—¡Ah, Conklin...—llama Regan a un marinero que pasa en ese momento con una bandeja.

—Capitán—contestó, deteniéndose, el hombre.

—Déjame ver lo que traes hoy para los muchachos.

—Bisteck con cebollitas, judías verdes y helado de crema para postre.

—Vamos allá—les dice Regan a los visitantes, dirigiéndose al comedor de la oficialidad—. ¿Qué me dice, señor Eden? ¿Quiere comer con nosotros?

Naturalmente, Martín Eden se quedó a comer con ellos. El no podía perderse uno solo de los detalles de esta visita del propietario a su barco, en la cual esperaba que quedarán al des-

cubierto cuantas irregularidades había en el mismo. Pero sus esperanzas quedaron completamente defraudadas.

—Debía figurarme que Regan recibiría el soplo de que vendría su padre de usted—le dijo a Ruth, después de la comida, sentados en la proa del barco, mientras el viejo Morley lo recorría con el capitán—. ¡Bisteck con cebollitas!... ¡Este asqueroso bandido no pierde bola!

—Se está olvidando usted de seleccionar su vocabulario—le reconviene Ruth, a quien le interesan bien poco los afanes altruistas de Eden, y le quisiera ver más metido en sentimentalismo, en pasión de hombre, pero en pasión de hombre frente a una mujer hermosa, como ella se creía con sobradas razones.

—No puedo ocuparme ahora de las palabras—le responde Eden con violencia—. Estoy pensando cómo Regan se va a burlar de usted y de su padre.

—Tiene usted poca confianza en sus amigos, ¿verdad?

—La confianza y Regan juntos no suenan bien.

—Lo lamento—se disculpó ella—; pero quise hacer un bien.

—Sí, sé que ha sido así—asintió Martín Eden, con los ojos tendidos por el cordelaje del barco—. ¿Y por qué tiene usted tanto interés por mí, señorita Morley?

—¿Le parece mucho?

—Mucho más de lo que merezco.

—Pues, porque creo que hay en usted grandes posibilidades.

—¡Oh! —exclamó Martín, volviendo al entusiasmo—. He traído otra historia. Pensé que le interesaría leerla.

—¿Quiere leérmela usted?—la suplicó Ruth con mimo.

—Bien—consintió Eden, deseoso, desde luego, de hacer conocer a Ruth los frutos que iba dando su aprendizaje literario—. Esta idiotez es sobre...

—Esta historia—le corrige ella, al ver que abandona las palabras de buen tono.

—Sí. Pues esta historia—rectifica él, mirando a Ruth con los ojos sonrientes— es sobre Ruth Regan y yo cuando éramos niños. «Una noche—empieza a leer— yo estaba en una barcaza muy cargada. Me entretenía ojeando un libro, cuando de re-

pente me arrojaron algo. ¡Eh, chicos!—gritaron entonces varios golfillos—: Buth Regan y Martin Eden otra vez...

»Efectivamente, Regan y yo nos encontrábamos otra vez en la calle.

«—¿Qué tienes ahí—me preguntó Regan.

«—Un libro.

«—¿Sí? ¿De qué trata?

«—¡A ti qué te importa!—le contesté yo.

«—Dámelo—me gritó Regan...»

Martin no pudo continuar la lectura porque en ese momento llegaban Morley, Regan y otros oficiales que le habían acompañado por el barco. Morley venía sonriente y, al despedirse, hizo los mejores elogios de cómo hallaba las cosas a bordo del barco.

Aquello era insufrible. Así pensó y siguió pensando Martin Eden, camino primero de casa de los Morley, hasta donde fué a acompañarles,\* y después a la suya. ¿Sería posible que la verdad se abriera paso alguna vez y aparecieran las cosas tal como son y no disfrazadas cuando ya resulta imposible esconderlas por más tiempo?

Por momentos le asaltaban dudas a él también de que el camino señalado por Brisenden diera resultados aun a largo plazo. El tenía, iba teniendo ya idea clara de lo que era la lucha con los editores, con las revistas y sobre todo con la prensa diaria, donde costaba un verdadero triunfo llegar a publicar nada. Si no se le conocía, ¿cómo iba a ganar celebridad y fama bastante para obligar a una revisión de la causa de Joe, único modo de que el Tribunal volviera sobre lo andado y rectificara la primera sentencia?

El camino estaba oscuro. Pero oscuro no quiere decir cerrado. Los mismos montes y valles que ahora duermen en las más impenetrables sombras, mañana se bañarán en luz, clara luz del mediodía. Y Martin Eden siguió escribiendo, con fe. Tal vez sin fe, ya; sólo por pura inercia, lanzado por una esperanza que tuvo vida y fué fecunda en momentos anteriores.

Ruth fué su confidente y hasta su consejero en literatura.

No hacía en ello más que seguir la consigna irónicamente señalada por Brisenden. «Enséñale un poco de gramática... Y tu Martín Eden será algo». También comenta sus cosas con Connie, a pesar de que ésta vive obsesionada con una idea única, la que en tiempos fué única también para él: Joe. También ésta ha leído su relato. Sobre él comentan una noche en un restaurante del puerto.

—Creo que tienes razón—le dice Martín a Connie—. A la señorita Morley tampoco le gusta. Dice que es demasiado crudo.

—Pero yo no es por eso—aclara Connie—. Es sólo que esa historia, pues... no es la verdad. Tú jamás pudiste a Regan, Martín. Y dices aquí que le venciste y le obligaste a decir «abstax». Y después que lo dijiste: «recuerda siempre esto».

—Eso no tiene que ver nada—se explica Martín—. Yo escribo... inventando y hay que darle al asunto importancia.

—Bueno. Pues entonces haz lo que quieras; pero, si me preguntas, que no lo harás, la única historia que te servirá para algo es el «Barco de la Muerte». Esa es mi opinión personal y te la doy desinteresadamente —repuso Connie, intentando poner punto final a aquella cuestión.

—Conque esta historia es demasiado cruda, ¿eh? Pues el nuevo libro que estoy escribiendo trata de una historia de amor: «Moa Koloa».

—No me habías hablado de ella—dice Connie con cierta aparente indiferencia.

—No... Es que no es de tu estilo.

—¡Claro, claro! ¡Qué voy a saber yo de una elegante historia de amor! No es mi estilo... Soy muy ordinaria... Yo y el «Barco de la Muerte». ¡Anda, dílo!...

—No es necesario —dice Martín, reteniendo las palabras—. Mírate las manos.

—En la fábrica se estropean.

—A eso me refiero. Tus manos son tu historia. Somos todos nosotros ordinarios... Tú, yo... Todos los compañeros.

—Puede que mis manos no sean tan suaves como la seda —replica Connie, rebatiéndole enérgicamente—; pero estoy or-



—¡Me parece que irás a la torre!



Aquellos días en la sentina.



El capitán le alcanzó en plena mandíbula.



—¿Estrás ahí, muchacho?



—No crea usted eso, se-  
ñor Brisenden.



—Toma, muchacho.



—Tocin usred.



—¡Es jugar con fuego,  
capitán!



Al verlos se quedó sorprendida.



Martin quedó inmóvil ante la aparición de Ruth.



El motín.



— Esta es nuestra solución.



—¿Tienes ya bastante?



Ruth le miró escrutante.



—Y en plena gloria, Martín era solicitadísimo.



—Esto para que aprendas.

gullosa del trabajo que realizan y sé quién te ha metido todas esas idioteces en tu cabeza.

—¿Quieres callarte?—la ataja Martín.

—¡Esa niña jamás sirvió para nada desde que nació!—salta Connie, llena de indignación.

—¡Cállate, te digo!

—Está bien. Voy a callarme... ¡Claro que soy ordinaria!...

En ese momento la sala del restaurante se sintió súbitamente invadida por un grupo de personas, que se quedaron detenidas cerca de la puerta. Entre ellas podemos distinguir a Ruth Morley y Brisenden.

—Cuando hago esto—dice el literato, afianzándose el sombrero y haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio—. ¡Ah!... —dándose cuenta de que allí está Martín Eden—. Uno de mis lectores favoritos. Id a sentaros. En seguida soy con vosotros. Presénteme—dirigiéndose a Martín.

—La señorita Connie Dawson. El señor Brisenden—les presenta, en efecto, Martín.

—No, por favor—suplica Brisenden, al ver que Connie se levanta para darle la mano.

—Encantada de conocerle—contesta Connie, saliendo de la mesa.

—¿Se marcha?—le pregunta Brisenden.

—Sí. Ya me iba. Estoy citada con una amiga. Mucho gusto.

Connie salió sin más explicaciones, sin esperar siquiera una palabra de Martín, que, conocedor de su carácter, no intentó retenerla.

—¿No le molesta que me sienta?—le pidió Brisenden—. No estoy muy seguro de no caerme.

Martín accedió gustoso, aunque hasta cierto punto escandalizado de ver completamente borracho a un hombre que admiraba profundamente.

—Conque escribiendo, ¿no?

—Sí—repuso Eden, como aturdido.

—¿Hoy hay suerte?

—Pues... el «Barco de la Muerte» me lo siguen rechazando.

—Sí— afirmó secamente el literato—, y siempre será lo mismo.

Martin se quedó pensativo un momento, jugando entre los dedos con una miga de pan. Brisenden se mantiene difícilmente en la silla, oscilando en todos los sentidos, como si efectivamente todo diera vueltas en torno.

—Ahora tengo otra nueva historia que le gustará—le dice Martin, viendo a Brisenden que tiene los ojos clavados en él.

—¿De qué trata?

—Pues es una novela de amor.

—¿De veras?—pregunta con interés el literato, recuperándose un poco.

—La novela de una muchacha que conocí en Tahití.

—¡Tahití!... Oiga—dice Brisenden, volviendo a sus balanceos, con los ojos cargados de espesa nube—, me gustaría echarle un vistazo... ¡Camarero!...

—Diga, señor Brisenden—responde el camarero, llegando solicitamente hasta la mesa en que se hallan sentados Martin y el literato.

—Deme su cuenta... Y añada un dólar para usted y diga a mis amigos... Bah... Dígalos que se diviertan y beban a mi salud.

—Sí, señor...

—Y anótelos en mi cuenta—añade Brisenden, buscando por los bolsillos.

—Gracias, señor.

El camarero se retiró. Brisenden tomó entre sus manos unos papeles que le dió Martin e intentó enfrascarse en su lectura. Pero no se hallaba en ese momento ni en aquel lugar con la lucidez suficiente para ver cómo Martin Eden se debatía con un tema amoroso. El mismo, pues, sugirió la idea de irse a otro lugar, y Martin accedió sin vacilaciones, pues también a él le resultaba poco grata la presencia de Ruth, acompañada de unos tipos, de su clase desde luego, que le estaban quemando la sangre.

Era ya muy cerca del amanecer cuando Brisenden, echado sobre la cama de Martín, terminaba la lectura.

—¡Qué preciosidad, Eden!... ¡Eden... despierta!... ¡Es terrorífico!...

Martín, que se había sentado sobre unos montones de ropas y trastos cuando Brisenden empezó la lectura de su novela, se despierta ahora, ante las exclamaciones de entusiasmo del escritor.

—¿De veras le gusta?—pregunta, restregándose los ojos y lleno de júbilo.

—Escuche... Es tan bonita que me destroza el corazón. Pero ¿dónde está el final?

—Los últimos cuatro capítulos no están escritos todavía—explicó Martín.

—¿Y cómo va a terminar?—sigue preguntando con el máximo interés Brisenden, que ya se ha recuperado casi totalmente de su espantosa borrachera.

—Pues... no lo sé... Creo que la chica tendrá que despedir al muchacho.

—¡Ah, no, no, no!... No debe ponerle un desenlace triste.

—Pero fué así como sucedió. Convenci a la muchacha en las islas—prosiguió explicándose Martín, reviviendo la historia—. Estaba en amores con un amigo mío, Mike Brodski. Tenía la lepra... Una preciosa chiquilla... Sólo se veía un punto, en un dedo y... entonces se despidió de Mike.

—Una novela que no termina—paladea Brisenden, saboreando las heces del vino—. Moa Koloa suena al rumor de las islas... Hay algo de magia en este nombre... Moa Koloa... Ruth no le despediría.

—¿Ruth a mí?—interroga Martín, asombrado.

—Está enamorada de usted, muchacho...—afirma Brisenden, atacado además del sueño—. No me haga caso... estoy borracho... muy borracho... Moa Koloa...

Un martillo se hubiera necesitado para hacer despertar del sueño en que Brisenden cayó después que hubo pronunciado,

ya vencido por el vino, el cansancio y la prolongada vigilia, el sugestivo nombre de ese amor muerto y novelado de Martin Eden, que recogió cuidadosamente sus papeles, dejando dormir a sus anchas al admirado literato.

## VI

Las preocupaciones de Martin Eden se vuelcan cada vez con más violencia sobre la literatura. Sus jornadas de trabajo entre las paredes de su cuarto son cada vez más largas. Pero no por eso abandona otros ineludibles quehaceres de su vida. Ve de tarde en tarde a Joe, a quien encuentra ensombrecido y desesperanzado de conseguir la ansiada libertad, sobre todo por los medios con que tanto se ilusionó en algunos momentos, aquellos primeros momentos, en que las manifestaciones amigables, por ser nuevas tal vez, tienen sus filos más acusados y por lo mismo se dejan sentir más intensamente. Ahora, con el tiempo, todo parece enfriarse y perder eficacia. Este es un hecho que comprueba con mayor evidencia Connie, que ya no ve su camino despejado. Martin Eden se inclina abiertamente hacia el lado de las gentes acomodadas y, siguiendo por ese camino, no tardará en perder de vista el mundo en que empezó a sentir su propia vida, y ella, Joe entre rejas... serán un recuerdo lejano y muerto, como la encantadora chiquilla de las islas, Moa Koloa no es ahora más que un argumento de novela.

No le interesa ahora que el afortunado armador se entere de lo que piensa sobre la libertad de Joe. Tal vez se olvida también en este momento de las angustias en que se encontrarán sometidos a bordo del «Loreley» sus viejos compañeros. Hay

algo más intensamente vital que allí le interesa: la señorita Morley, Ruth.

Han conversado largamente. Martín le ha contado sus preocupaciones. El tema del hombre se impone siempre, cuando se trata de hombres afanosos como lo es Martín Eden, llenos de voluntad, que se traduce en un esfuerzo constante. Pero también han hablado de los anhelos de ella. Y han hablado lo suficiente para descender al terreno de la confianza y las revelaciones. Digo más, a la admiración mutua.

—Sus manos son como la seda—dice él, acariciando las manos de la bella y distinguida señorita Morley, mientras repasan revistas, sentados como dos niños en medio del suntuoso salón Morley.

—¿No está escuchando?—le reconviene ella admirativamente y sentida al mismo tiempo de que sus frases vayan cayendo en el vacío.

—Ya escucho...

—Ríase, ayúdeme—suplica Ruth, intentando levantarse.

—¡Oh, Ruth... Ruth!... —exclama Martín, intentando acariciarla.

—¡Señor Eden, por favor!

—¡Señor!...—dice Martín con tristeza, al oírle este tratamiento a que está tan poco acostumbrado—. ¿Es eso lo que yo significo para usted? ¡Señor!... Parece que me he equivocado de barco.

—¡Oh, Martín!...

—Está bien, señorita. Yo también seré correcto—estrechándola fuertemente entre sus brazos.

—¡Martín, suéltame!

—¡Claro, claro... si es eso lo que desees!...—contesta Martín, separándose de ella.

—No puedo desear nada cuando sé que no puedo conseguir nada de lo que deseo—se queja Ruth.

—¿Por qué no? ¿Quién puede impedirlo?

—Mi padre, mi madre...

—De acuerdo... Muy importante. Perdí la partida.

—Martín, tienes que comprenderme.

—Dije de acuerdo, ¿no es así?

—Sabes que tengo razón, Martín...

—Sí. Creo que sí—asiente Eden, reflexionando—. Ruth, perdóname —prosigue al cabo de un instante—. Olvidé por un momento que la época de los milagros ha pasado. Tipos como yo no pueden casarse con señoritas como tú, a menos de que fuese célebre y... ahora no soy nadie.

—Pero puedes serlo pronto—insiste Ruth, en sus deseos de transformarla en un caballero, capaz de comportarse dignamente en sociedad.

—Ruth, ¿de veras crees eso? ¿Sinceramente? —pregunta Martín, entre jubiloso y desconfiado.

—Claro que sí. Sólo con que dejes a mi padre que te dé un empleo.

—¿En un barco?

—No, no... Un marinero, no. Un empleo en la Compañía. Con un buen sueldo serás alguien en un año.

Martín se queda unos instantes pensativo de nuevo. Ahora descorazonado. Él pensaba que las palabras esperanzadoras de Ruth tendrían otro sentido. Para él la grandeza no se hallaba más que en un campo, en el de la celebridad literaria.

—No puedo aceptar un empleo—le dijo al cabo a Ruth.

—¿Por qué no?

—Por mi libro.

—¿Tu libro?

—Más bien... el motivo por el que lo escribo.

—¡Ah, ese amigo tuyo que está en presidio! Supongo que tiene para ti más importancia que yo.

Ruth entra también en el ensimismamiento del desconsuelo. La mujer tiene la pretensión de considerarse siempre lo más importante. No en general, sino para el hombre en quien ha puesto sus ojos, ya que, después de todo, es la mujer quien sigue seleccionando.

—No es eso, Ruth; no es eso—intenta convencerla Martín,

que se percata del efecto que sus palabras han producido en la hija del armador.

—Pues así lo parece—insiste ella, en su desconfianza.

—Espera un momento, Ruth. Vamos a poner este asunto en claro—le dice Martín—. Me gusta una casa elegante como ésta; me gusta la buena ropa y me gustan las personas que hablan bien. De acuerdo en que hasta me gusta tu padre... Pero no quiero ser o parecerme a él. Quiero ser como soy. Quiero ganar todo esto para ti a mi manera, y eso es lo que pretendo. Joe Dawson forma parte de ella, pero hay algo más fuerte que él, más fuerte que yo. Y aunque tú eres la parte más fuerte, hay algo superior también a ti misma... La inmensa cantidad de historias que quiero contar; historias que se vendan, que sé que se venderán. Pero todo eso lleva tiempo. Y... ¡eso es lo que necesito! Dame un año de plazo. Yo trataré de lograrlo.

—¿Y si no lo consigues? ¡Martín, un año de espera es mucho tiempo!...

—Si no lo consigo en ese tiempo, haré lo que tú me pidas... ¿Estás satisfecha? ¿De acuerdo?

## VII

Contrariamente a lo que pensaba Ruth, un año se va volando. Nada más ligero que el tiempo. Sobre todo cuando se vive de ilusiones y de acción. Lamenta ella la prisión del hermano y también siente que cada vez se relajan más los vínculos con que se sentía unido a Martín y que no eran ni tan fáciles ni estaban tan seguros como Mary pensó ligeramente al comienzo de esta historia.

Precisamente en manos de Connie ha caído una invitación.

que ha llegado al domicilio de Martín, donde ella entra y sale cual si fuera su propia casa. La lee delante del propio Martín, que está escribiendo, como siempre, afanado en su conato de récord.

—Tu... Tu año ha pasado... ¿Qué significa tu año?—pregunta a Martín, suspendiendo la lectura de la esquila.

—¡Bah! El año es lo de menos. Lo malo es que no puedo ir con esta ropa... Todo lo demás me tiene sin cuidado.

Si. El compromiso en que se hallaba Martín Eden era realmente grave. Era un emplazado. El mismo se había echado la soga al cuello. La fecha señalada por él expiraba. Y aprovechaba Ruth el momento de una elegante fiesta en su casa paterna para invitar a su reo, pues Eden venía a ser algo muy parecido a eso, si no eso exactamente.

—Si tuviera algún dinero, te lo prestaría—le dice Connie, que después de todo, a pesar de sus asperezas, algunas veces dejaba ver el fondo humano y comprensivo que llevaba oculto, demasiado oculto de ordinario.

—¡No te he pedido nada!—rechaza Martín, dando vueltas por la estrecha habitación—. ¡Oh, tendré que renunciar a la fiesta!

—Sería mejor, creo yo—Intenta distraerle Connie—, que te tomaras algún descanso. Has estado aquí encerrado durante meses, con esa máquina de escribir.

—No es eso sólo, Connie... Es que no he conseguido nada —reconoce Martín, sin duda avergonzado de sí mismo y de la facilidad con que quiso señalarle límites a las cosas.

—¿Que no has conseguido nada?—le ataja Connie—. Te han publicado dos novelas.

—Desde luego. Pero no me las han pagado.

—Bien. Pero el dinero no lo es todo.

—Conozco también esas palabras...

El momento es sombrío. Una fiesta, un descanso... ¡cuántas cosas le vendrían admirablemente ahora a Martín Eden! Pero él tiene el pensamiento en algo distante, que a pesar suyo es más fuerte que su propio anhelo de verse encumbrado.

—Y fíjate, Connie—prosigue Martín, con acento triste—, el caso es que yo sigo aquí y Joe sigue allí.

—Martín, no te engañes a ti mismo—reflexiona Connie—, puede ser que empezaras para ayudar a Joe; pero lo que ahora pretendes es ser rico y famoso, como Brisenden. Eso es lo que te consume.

—Bien, ¿Y qué mal hay en ello?

—Nada. Ningún mal. Sobre todo si ayudas a Joe. Por eso fui a presentar tu novela «Moa Koloa».

—¿Que tú...? ¿Cómo...?

—Pues que el «Barco de la Muerte» era siempre rechazado y yo me figuraba que necesitabas algo de dinero. Lleve esa bonita novela de amor.

—¡Pero si «Moa Koloa» no está terminada!

—Pues yo les dije que estabas trabajando afanosamente para el final.

—¿Hiciste eso?—sigue sorprendiéndose Martín.

—Desde luego—ratifica Connie con aplomo—. En la «Revista Continentals».

—La «Continental» no... no estás engañándome, ¿verdad? La Con... ¿Te han dicho cuándo pagarían?—pregunta de súbito, lleno de júbilo, interrumpiéndose a sí mismo, y dispuesto a salir corriendo a la calle.

—Cuando esté terminada—contesta Connie firmemente.

—¡Bah!—se desespera Martín—. Entonces no me resuelve nada.

—Eso no. Pero yo conozco un medio de obtener algún dinero, si el ir a esa fiesta significa tanto para ti.

—¡Connie!!—exclama, suplicante, Martín—. Si me sacas de este atolladero, puedes pedirme lo que quieras, lo que se te antoje.

Connie estaba dispuesta a ceder el terreno que fuera preciso. Tal vez para volver sobre él con más derechos. Se dispusieron, pues, a salir a la calle.

Mientras se trasladaron a las oficinas de la Editorial, conversan como dos viejos amigos, como lo que han sido siempre. Tal

vez Connie haya aprovechado el momento, que a pesar de todos los intereses que Martín manifestaba por Ruth, seguía ella teniéndole en su campo, para decirse algunas frases menos desagradables que las eternas polémicas en que se hallaban metidos. Pero cuando se hallaron en las escaleras, se vieron ingratamente sorprendidos por un hombre que en ese momento salía de las oficinas. Tratabase nada menos que de la «Revista Continental».

—¡Quiero mi dinero ahora, ahora... ahora...! ¡Eso no podrán quedarse con él! Tienen que pagar esta factura, se lo aseguro. Sí, sí... Si no estoy metido en negocios de imprenta por diversión. Si no pagan, se acordarán de mí. Los demandaré. ¡Bandidos, más que bandidos!...

Todas estas frases profirió aquel hombre lleno de la más ardiente indignación, emprendiendo escaleras abajo, cual si fuera a llamar a los bomberos para apagar un incendio.

El momento y las circunstancias, por lo menos aparentes, no eran para andarse demasiado de prisa. Había que tentarse la ropa antes de entrar en aquella cueva de bandidos, dado que fuera verdad lo que gritaba aquel hombre.

—Bien—anima Connie a Martín—. Entra tú. Después de todo te deben dinero. Veremos cómo sales.

—Mira—le advierte Martín a ella—. Será mejor que te quedes aquí fuera. Puede que haya bronca.

—¿Diga?—pregunta un hombre de aspecto judío, que está detrás de un mostrador.

—Soy Martín Eden—se presenta él secamente.

—¡Vaya, vaya, vaya!... — exclama el hombre del mostrador—. Señores—dirigiéndose a otros dos, que salieron en ese momento—, les presento al hombre que ha escrito la mejor novela que hemos publicado.

—Maravillosa historia, señor Eden—comenta uno de aquéllos.

—Excelente—apoya el otro.

Martín Eden, el autor de la mejor historia que han publicado aquellos señores, no tiene ganas de bromas ni de palabras vanas.

—Quiero dinero—les habla rudamente.

—¿Dinero?—se preguntan a un tiempo los tres.

—¡Sí! ¡Dinero!... Quiero dólares... Hace ya ocho meses que se publicó...

—Pero mi querido señor Eden, naturalmente. Sólo que hoy es sábado...

—... Y los Bancos están cerrados—interviene otro.

—Así es, en efecto—dice seriamente el tercero.

—Y nuestro cajero está de vacaciones—vuelve a intervenir el primero—. Vuelva el lunes.

—Sí, el lunes—el otro.

—Excelente idea—el tercero.

Era aquella una rueda parlante. Martin no está para esperar mucho. Sus asuntos son urgentes y desde luego bastante más importantes que las ganas de pasar un buen o mal rato de aquellos estafadores.

—Quiero dinero ahora mismo—les dice—. He venido expresamente de Oakland.

—¡Sí... maravillosa ciudad!—dice uno de aquéllos.

Pero Martin Eden se ha cansado. Coge por las solapas a uno de los tres editores o empleados y lo zamarrea en vilo. Luego a otro y le da varios golpes. Sacudiéndolos por los pies, como si fueran peleles, ha visto caer al suelo varios dólares, que recoge y sale precipitadamente de la oficina, que efectivamente es casi una guarida de bandidaje.

Martin Eden tiene dinero, ganado esta vez con doble esfuerzo. Del brazo de Connie, se ha dirigido inmediatamente a una tienda de ropas. Ha comprado un traje de bastante buena apariencia y se lo ha puesto sin esperar a salir a la calle. Había indudablemente que ganar tiempo. Así lo ha estimado él, a pesar de que Connie le ha sugerido la idea de que pudieran arreglárselo un poco.

Cuando ya todo parece estar dispuesto y listos ellos para marchar, habiendo dejado allí, para recogerlo al día siguiente, el traje, bastante deteriorado, que llevaba puesto, Connie tuvo una idea.

—Una cosa—le dijo a Martin.

—¿Hu?—hizo un gesto éste, ajustándose la corbata.

—Si tuviese un pretendiente en mi fiesta, me gustaría que me obsequiara con un bouquet.

—¿Un qué?

—Verás...—quiere explicarse ella— flores para ponérmelas.

—¡Ah, sí!

Pero de momento no se dió cuenta Martin de que eso significaba dinero. Que además no se podía ir a una fiesta con los bolsillos vacíos. Era preciso buscar más fondos, para que las cosas salieran a la perfección.

—Ya está—dijo después de recorrer un poco el pensamiento.

—¿Qué?

—En la «Revista del Oeste» me deben diez dólares que todavía no me han pagado.

—Pues entonces ve a recordárselo. Y gracias, Martin.

Martin no fuó solo a la «Revista del Oeste». Connie se cogió a su brazo y deambularon amigablemente conversando hasta el lugar donde se hallaban las oficinas.

El resultado estuvo exento de toda perspectiva agradable.

No podemos saber qué resultado produjeron en el ánimo de Ruth Morley las disculpas dadas por Martin a través de Connie. Pero podemos considerarle disculpado. Puede pasarse ya una semanita en la Comisaría, bien seguro de que ha encontrado el descanso que le iba haciendo tanta falta.

Ocho días después se saludaban afectuosamente de nuevo Connie y Eden.

—¡Hola, Connie!

—¡Hola, Martin! ¿Se te hizo larga la semana?

Desde luego, no es una pregunta muy apropiada para un preso. Ahora comprendería Martin de una manera más real y profunda aquellas palabras de su amigo Joe: «Tómate todo el tiempo que quieras, Martin. Lo que a mí me sobra es eso». Pero razones tendría Connie para preguntárselo a Martin.

—¡Bah!, ya ha pasado. Estoy libre, y debemos olvidar lo demás.

—Verás, te traigo una sorpresa. ¡Mira... miralo, hombre!

—¡Es formidable!—exclama Martin, pronunciando las palabras a medias, realmente sorprendido— Es como... Me parece que estoy borracho. Sí, soy yo... yo... sí... Soy yo... claro que sí.

Connie le ha traído un ejemplar de la «Revista Continental», en que aparece su novela «Moa Koloa», firmada por el nombre Martin Eden. Desde luego, hay motivos para sorprenderse.

También a Connie le parece mentira verlo. Se ha suspirado tanto por estos momentos, aun cuando sean tan distintos los intereses con que cada uno ha soñado en torno a la celebridad literaria de este marino con pretensiones de escritor.

—Connie—dice él, orgulloso—, ésta es la respuesta a todo y viene antes de que el año se cumpla.

—¡Martin!—exclama Connie, entusiasmada.

El se siente feliz. No tiene palabras, y en su garganta se oye un sonido inarticulado, algo así como una interjección, imprecisa, vaga, animal, como todas las interjecciones.

Pero hay que volver a eso que se ha llamado la prosa de la vida, y que realmente es lo verdadero y vital, sin lo cual incluso el placer carecería de sentido.

—Hoy es día de visita a Joe—recuerda Connie.

Sería una buena noticia para el pobre Joe lo de «Moa Koloa» y mucho mejor si se la comunicara directa y personalmente Martin. Pero éste tiene su tiempo muy ocupado. Ahora no puede ver a nadie, porque hay ocupaciones más urgentes que ésa.

—¡Ah, sí!...—le contesta a Connie—. Pero tengo que ir sin falta a otro sitio... Dile a Joe que irá a verle el próximo día de visita, ¿eh?

—Sí, claro... No te preocupes por eso, Martin—le anima Connie, aun sabiendo que labora contra sí misma—. Ve tranquilo.

Martin no ha pensado otra cosa desde el día que su visita a la «Revista del Oeste» dió con sus huesos en la Comisaría. Quiere saber directamente él mismo qué estado de ánimo abriga Ruth Morley. Ahora se siente atolondrado. Diríase que se avergüenza de sí mismo, o que teme al empeñarse en mantener una orien-

tación de sus sentimientos, que tal vez sea una traición a sus principios.

—¡Ah!, mira, estos trajes viejos... será mejor...

—Trae—le dice Connie, tomándole de las manos el paquete en que se hallaba el traje viejo, recién recogido de la casa de ropas, adonde habían ido a parar, maquinalmente—. Yo me los llevo.

—Eso es estupendo—comenta él, sintiéndose liberado por la generosa Connie—. Bueno, adiós... adiós, Connie.

Connie se quedó viéndole alejarse de prisa. Martín tenía algo que comunicar. En efecto, las noticias de la publicación de «Moa Koloa», la novela romántica, de la elegante historia de amor, como ligeramente la había considerado Connie, habían llegado lo suficientemente a tiempo, para que el plazo del año concertado con Ruth no pudiera considerarse estéril. Había que ir a hacerlo constar y hacia allá corría Martín Eden.

Era preciso tener el corazón insensible para permanecer, aparentemente sin inquietarse, como hace Connie. Observando sus reacciones, llegaríamos al convencimiento de que el amor, si es que existe, no parece tener esa fuerza trágica con que se han empeñado en pintarlo las civilizaciones pasadas, o que nosotros, mediante elementos nuevos y no de todos conocidos, hemos operado en los corazones modernos un cambio radical. Sea de ello lo que quiera, Connie se muestra impasible. Toma de nuevo el camino de casa, llevando bajo el brazo el pesado paquete. Al pasar junto al puesto de periódicos, saluda al vendedor, que ya es un buen amigo.

—¡Hola, Pop!—le dice.

—¡Hola!—le contesta el hombre con familiaridad.

—Quiero una «Revista Continental», por favor.

—Pero... si acaba usted de comprar una.

—Ya lo sé. Pero quiero otra... Conozco mucho al autor de esta novela.

—¿Sí?—pregunta el hombre, deseando un rayo de luz—. Puedo que usted sepa explicármelo.

—¿Explicar qué?...

Era raro aquello. Connie no creía que tuviera que explicar nada a un vendedor de periódicos, por la sencilla razón de que no podía saber nada que fuera de común interés entre ellos. Pero se equivocaba. Ella, que sabía tantas cosas relacionadas con Martín Eden escritor, iba a encontrarse ahora ante una realidad que le interesaría conocer tanto o más que al mismo Eden, y, sin embargo, estaba tan ignorante como el vendedor, como el bueno de Jacob.

—En Dinamarca —se explica Pop— ha sido editada una novela con el mismo nombre: «Moa Koloa». El mismo nombre que ésta. Acaba de llegar este ejemplar...

Era verdad. En Dinamarca se había publicado una novela del mismo nombre; la misma novela, firmada por Carl Brisenden. Martín Eden vive completamente ajeno a la idea de que haya podido plagiar una novela del gran escritor Carl Brisenden. Pero ha sido así, porque nadie se atreverá a poner en duda la solvencia literaria del viejo escritor; en cambio, si comprenderá fácilmente que un escritor novel, un aficionado haya podido cometer con la mayor tranquilidad un hurto literario de tanta índole.

Pero Martín Eden no sabe nada. Ha caminado de prisa, y cuando los comentarios entre Connie y Pop pertenecen al mundo del pasado y si algo de ellas queda es un gesto de interrogación en el vendedor de periódicos y una inquietud morosa en el ánimo de Connie, él llama a las puertas de Morley.

—Con permiso—dice desde la puerta un criado a la señorita, que se halla en el salón—. El señor Eden está ahí.

—Dígale que no estoy en casa—ordena Ruth.

—Sí, señorita...

Pero Ruth lo ha pensado mejor. Hubo sin duda esa pequeña batalla entre la dignidad ofendida y el amor oculto y...

—Espere—llama a su criado—. Hágale pasar.

—Sí, señorita.

Martín Eden entiende las cosas con más naturalidad. Si algún día llega a ser un literato famoso, con esa fama sin limitaciones, a que se aspira con tanta frecuencia y se logra tan pocas veces, detestará cordialmente este aparato absurdo y ridículo de que se

rodean las gentes que se han venido llamando acomodadas. Hay que irles quitando cercos a las cosas.

—Ruth—le dice, nada más entrar—, quiero presentarme a mí mismo. Soy Martín Eden, el célebre autor de novelas para revistas... Pero no me mires así, soy Martín Eden, y por si no me has oído, vuelvo a decírtelo; soy famoso. No me gusta ser vanidoso hasta este punto, pero me temo que vas a tener que casarte conmigo.

Ruth se queda retraída. Todo aquel amor impaciente, que consideraba demasiada espera el corto plazo de doce meses, un año, parece haberse desvanecido efectivamente, y ahora los ojos están sin luz, el alma sin anhelos y la palabra flácida y sin vida, mejor, está muda. Cuesta un rato hasta que se decide a hablar.

—¡Martín! ¿Cómo has podido hacerlo?

—¿Hacer qué?

Tiene reflejos tenebrosos el gesto de Ruth. Y él también empieza a sentirse obscurecido.

—Robarle esa historia a Brisenden.

—¿Que yo se la he robado? ¡Eso no puedes creerlo, Ruth!

—¡Si tiene hasta el mismo nombre: «Moa Koloa»!

Es difícil sentirse pirata literario cuando realmente no se tendría valor para perpetrar un delito semejante, que está tan cerca de la delación y del ridículo. Sobre todo cuando la paternidad de una obra es indudable.

—Si ese pueblo no existe. Ese nombre, Moa Koloa, lo inventé yo.

—¡Como otras muchas cosas que inventaste!

—¿Qué quieres decir?—salta Martín, intrigado y ofendido por aquella farsa, que se le antoja absurda y de mal gusto.

—Mentiste desde el principio—le reprende ella—. En «El Barco de la Muerte» inventaste cosas sobre los barcos de mi padre, cosas que no pudiste probar.

—¡Ya veo lo que estás sospechando! ¡Comprendo lo que crees de esas novelas mías! Pero verás cómo, cuando yo vea a Brisenden, se aclara todo. ¿Estarás dispuesta a escucharme entonces?

Era una cuestión de honor. El punto de vista amoroso debía quedar necesariamente relegado a segundo plano, hasta que se aclarase la verdad sobre las afirmaciones de Martín Eden, o se confirmaran las sospechas, ya públicas, de que había entrado a saco por las creaciones literarias del famoso autor de «Los Gigantes».

Y no se demoró ni un instante aquella resolución de llegar a la orilla cuanto antes.

## VIII

Connie no podía dejar a Martín en la brecha solo. Le interesaba tanto como a él mismo la consolidación de su fama literaria. Le ofendía además que Brisenden, por muy literato que fuera, valiéndose no sabía de qué malas artes, hurtaba frutos en el cercado ajeno. Pero más que nadie le impulsaban otros sentimientos, menos delicados en sus manifestaciones, quizás, que los de cualquier señorita cursi, «que no había hecho nada útil desde que nació», pero no menos verdaderos y seguramente más profundos y generosos.

Sin esperar ni siquiera a ponerla en conocimiento de Eden, tomó el camino de la elegante casa de Brisenden. Se ha hecho anunciar. El escritor la ha recibido sin dilaciones y le ha puesto al corriente de lo que pasa. Y...

—No creo lo que usted dice, señor Brisenden—le contesta secamente, cuando el escritor le manifiesta su convicción de que Martín Eden le ha robado una novela—. Martín Eden no ha robado nada en su vida.

—¡Caramba!—exclama Brisenden, sorprendido—. Si alguna mujer me quisiera o creyese en mí como usted cree en Eden...

—No cambie la conversación, Martín no le ha robado esa idea.

—¿No?

—¡No! Fue usted quien se la robó a él.

—¡Muy interesante! Pero lo malo es que... lea esto—alargándole el original.

Connie lo hojeara durante unos momentos. No acababa de dibujársele en el pensamiento la idea que ha de conducirle a demostrar al escritor que ha cometido el más abominable crimen profesional. Pero espera y espera confiada, pues que jamás le faltó la lucidez para llegar adonde quiso.

—Pero... ¿dónde diablos están los últimos capítulos de su novela «Moa Kolcan»?... ¿Dónde?

—Vea esto—insiste Brisenden, dándole ahora una carta—. Es de los editores de Odesel, Dinamarca.

—¿Y qué?—la rechaza Connie, después de haberla mirado por encima.

Brisenden, no tan seguro ya de sí mismo, piensa. Razona.

—Si yo hubiese robado la historia a Martín Eden—arguye—, ¿por qué no se la robé completa?

—Porque no la tenía terminada, porque no pudo. Porque los últimos capítulos no estaban escritos—le replicó rápidamente Connie.

En ese momento llamaron de la calle. Era Martín Eden.

—Pase usted, Martín—le dice Brisenden—. Justamente la persona a quien deseaba ver. Su amiga cree que yo le robé su idea. Yo le ruego que sea usted un buen muchacho y aclare las cosas. Pero antes acepte un whisky.

—Acepto, Brisenden.

El escritor se ha ido al bar que tiene instalado en el salón donde se hallan todos de pie. Sirve un whisky y se lo ofrece a Martín. Da luego unos pasos por la estancia, como recapacitando o esperando que Martín hable.

—¿Qué?—pregunta al cabo de unos instantes, sin poder soportar el silencio que se ha apoderado de todos.

—Realmente... no sé cómo empezar—dice Martín.

—¿Hay algo que le impone?

—Sí.

—¿Sí?—pregunta Brisenden, bajando la cabeza, esforzándose por recordar.

—Habíamos bebido en el bar—prosiguió Martín—, pero subimos la escalera sin tropezar.

—Eso me parece que es correcto—dice Brisenden, sonriendo.

—Le acompañé a mi habitación y estuvo usted el tiempo suficiente para leer mi historia. Dijo que era muy buena.

—Si lo dije, es que eso era verdad.

—Entonces, ¿lo recuerda?—le pregunta Martín, angustiado.

—¿Y qué más?—quiere saber el escritor.

—Poco después de leerla, ha escrito usted la suya.

—¡Oh!—exclama Connie, al ver a Brisenden con rostro apenado.

—Bien—dice Brisenden, cabizbajo—. Ahora hagamos una pausa de un minuto, para que yo reúna mis recuerdos. Esta botella —sacando un vino de marca del bar— me ha hecho recordar muchas cosas; pero de esto no recuerdo nada. La verdad es una gran maestra, pero al final es uno sólo el que paga. Debía recordar lo que escribí hace años —habla Brisenden, espaciando las palabras, sentenciosamente—. Usted habló de ello la primera noche. «El único hombre libre es el hombre lo bastante fuerte para vivir por la verdad y morir por la verdad».

—¡Pero usted lo hizo inconscientemente—quiere tranquilizarle Eden.

—Tanto peor—asevera Brisenden, moviendo la cabeza, como si escuchara una voz lejana—. ¡Si pudiera recordar los sitios donde haya podido robar el trabajo de otros hombres!... Pero no recuerdo nada... Un momento—indicándoles que esperen.

—¿Espere!—le detiene Martín—. ¿Dónde va usted?

—¿Qué le sucede, Martín? —pregunta Brisenden, siempre con un esbozo de sonrisa, que no llega a ser sonrisa de veras—. Está nervioso, ¿verdad? ¿Creía usted que iba a salir de aquí y dispararme un balazo en la cabeza? No sea niño. ¿Por qué había de hacerlo? Si que sería un dramático final. Pero no soy aficionado a sensacionalismos. Vuelvo dentro de un momento.

Brisenden engañaba con la verdad. Después de un final, que

después de todo fué una exhibición más de esos sensacionalismos que no le agradaban. Martín Eden ha cambiado súbita y radicalmente de nuevo. Está poco menos que desesperado.

—No quise ofenderle—le decía a Connie, de vuelta ya en casa, entre las cuatro paredes de su estrecha habitación—. Desde niño le he venerado cual si fuese un dios... ¡Un dios tirado en el suelo, con un balazo en la cabeza!

Connie da vueltas, también medio desesperada por la habitación, mientras Martín se viste de nuevo sus ropas de marino, prepara el saco con su corto equipaje y se lo echa a la espalda.

—¡Martín—le suplica, más que le aconseja—, tiene que haber un modo de probar que esa historia es creación tuya!

—Yo no quiero ya probar nada—se revuelve el marino, obsesionado con el trágico recuerdo de los últimos instantes con Brisenden—. «Dé a la vida un rumbo», me dijo. El ya se lo ha dado.

—¿Y qué vas a hacer entonces de Ruth Morley?—cambia de frente la astuta Connie.

—Dejemos eso a un lado.

—Está bien, si es eso lo que sientes...

—¡Eso es lo que siento!... Ya todo pasó...

—Comprendo. Creo que Joe—recuerda Connie, íntimamente apesadumbrada—, ese muchacho a quien ibas a salvar, tenía razón. «¡Libertar a Joe Dawson, dijiste; no más barcos de la muerte». Ibas a hacer que todo el mundo te escuchara, ibas a demostrar que decías la verdad y que Regan mentía. Yo creí que había en ti algo fuerte, noble, que nada ni nadie podría cambiar jamás. Ahora creo que el pobre Joe confiaba en un hombre sin voluntad.

—¿Sin voluntad?—se defiende Martín Eden, furioso—. Hice cuanto pude. ¿Qué más puedo pedir?

—Convidame a una copa—le dice ella—, y te escucharé. Yo ya sé que habrá alguna otra mujer en alguna parte.

Naturalmente que habría. Casi tantas como hombres, repartidas por la superficie terrestre; digo mal, bastantes más que hombres.

—Sí—le contesta Martín—, pero no es siempre la misma.

—¿Cómo? ¿Dos amores? ¡Vaya, vaya...! Pues me convidas a dos copas y yo te escucho con las dos orejas.

—Oye—sigue Martín devanando el ovillo—, puede que si tuera a ver a Butch Regan y le obligase a decir que «El Barco de la Muerte» relata la verdad, es posible que Ruth... Sí, ésta puede ser mi respuesta.

—¿Cuál de ellas es Ruth?—pregunta la mujer, que no logra atraerse la atención de Eden, escuchándola como un eco lejano.

—Ruth—habla más bien consigo mismo—es la que quiero... Tengo que demostrarle una cosa.

—Hum... ¿Y la otra?

—Connie—responde Martín—. Es la que confió en mí... Si, han pasado muchas cosas extrañas después y han influido en mí... Pero ahora mi único rumbo es Butch Regan.

## IX

Nada podía esperar menos Butch Regan de que Martín andaba siguiéndole los pasos tan de cerca. Estaba el capitán junto a la escala del barco atracado, cuando oyó desde abajo una voz.

—¡Baja aquí si te atreves!

—Con mucho gusto—respondió inmediatamente, reconociendo a Martín Eden.

Un marino le recogió el capote, que el capitán le entregó al bajar.

Abajo le esperaba Martín en guardia. Los dos se acometieron como dos gallos, a cuál con más brio y saña y demoledoras intenciones. Tal vez a Martín le sirviera no poco los dos encuentros sostenidos últimamente con los boxeadores de las editoriales, pues no tardó en dar a Regan su merecido hasta obligarle a

reconocerse vencido y prometerle formalmente que firmaría la verdad y toda la verdad de su puño y letra.

Regan, efectivamente, se había declarado vencido. Bajo esa condición subieron a bordo, al comedor de oficiales, donde el capitán firmaría.

«Yo Butch Regan... juro solemnemente...» —le dicta Martín.

—No tan deprisa, Martín, ya sabes que soy torpe para escribir...

—Continúa... «Yo, Butch Regan, juro solemnemente que toda palabra escrita por Martín Eden...»

No se pudo llegar más lejos. Regan tenía sus armas preparadas siempre. El propio Martín sabía que no perdía bola.

—¿Decía usted, señor Eden? —le pregunta en plan de mofa, cuando vió que cuatro de sus hombres, de los que él tenía a sus incondicionales órdenes, caían sobre Martín y le sujetaban fuertemente—. ¡Está bien! Lo venías buscando hace mucho tiempo y lo has conseguido, lo mismo que lo obtuvo Joe: diez años al Lazareto con él y con sus puertos libros. Diez años ¡señor!, hasta que ese célebre «Barco de la Muerte» se apolille a fuerza de no leerlo nadie.

\* \* \*

Mientras, Cotton, el agente de la «Revista Continental» visita a Connie, para ver de llegar al final de la novela y demostrar que Brisenden fué un ladrón.

Una y otra vez vuelven a pasar todas las páginas, hasta los más pequeños papeles que Martín Eden ha dejado escritos.

—No —reconoce Cotton—. No hay nada.

—Y ha visto hasta el último papel que hay en la habitación —afirma Connie, abatida.

—¿Y esto qué es? —pregunta Cotton, que ha seguido mirando hasta los rincones más absurdos, al descubrir un paquete que hay encima de una percha.

—Es el traje que llevaba cuando estuvo detenido por querer cobrar a los editores.

Coton deshace el paquete, que había hecho el mismo Martín para llevarlo a casa, y empieza a rebustar por los bolsillos.

—¿Y esto?—se sorprende él mismo.

—Sería posible que...—recapacita Connie.

—No sólo es posible, es que es esto. ¡Lo hemos encontrado! ¡Lo hemos encontrado!

—Debí terminarlo en la cárcel—comenta Connie.

—¡Caramba!—se despacha por su parte Coton— Esto va a arruinar la edición de Brisenden.

—Es demasiado hermoso para ser verdad—comenta Connie.

—Señorita, Martín Eden está salvado. Quiero todos sus escritos, todos ellos. No me importa de qué tratan, pero me interesan. Traiga, dame eso.

—Bien—le dice Connie, mirándole recelosa—, esto es el «Barco de la Muerte», que usted nos devolvió hace tiempo.

—Señorita— insiste Coton, todo presuroso y disparado—, no parece darse cuenta de que el viento ha cambiado y los editores navegamos con el viento.

El «Moreley» está en el puerto, atracado en el muelle. Regan, en el puente, vigila constantemente las operaciones de carga, que se están verificando. Pero le llama la atención un murmullo de aprobación que cunde entre la marinería.

—¿Qué es eso que suben a bordo?— pregunta con extrañeza.

—Una nevera eléctrica, capitán—contesta el cocinero, que se halla próximo.

—¿Qué demonios queréis que pinte ese trasto en mi barco?

—Temo que ya no pueda llamarle su barco, capitán—le dice entonces el inspector Smiters—. Queda usted detenido.

—¡Detenido! Yo le enseñaré quién es el detenido. ¡Arrojadle con su nevera por la borda! ¡Por la borda he dicho!

Los marineros se han quedado quietos. Nadie se ha atrevido a dar un solo paso adelante para cumplir las furibundas órdenes de Regan.

—Temo que el que salga esta vez por la borda sea usted, Regan—le dice firmemente Smiters.

—Está bien, señor Smitters. Pero soy el capitán de este barco mientras esté a bordo.

Butch Regan era bestialmente torpe. Pero no era tonto, aun cuando no necesitaba derroches de inteligencia para saber con pelos y señales que los acontecimientos y terribles consecuencias a que estaba tocando no eran más que el triunfo del enemigo que había tenido siempre a su lado, y le había seguido con el mismo tesón y constancia con que la verdad se contrapone al error, donde quiera que éste se encuentre. Este enemigo, apóstol y mártir, era nada menos que Martin Eden, a quien él, el capitán del «Loreley» mientras permaneciera a bordo, tenía encerrado en el Lazareto.

Regan fué a buscarle inmediatamente. Necesitó la ayuda de algunos marinos. Pero todo iba a ser lo mismo, aunque le amenazara y le dijera que él y su «Barco de la Muerte» le iban a costar muy caros y en consecuencia le mataría.

Regan tiene que ir a pasar a una clínica, para someterse a cura de los golpes recibidos en la feroz lucha. También Martin tuvo que recurrir a curas de urgencia, que precisaban varios esparadrapos que le cruzaban la frente por varios sitios. Pero Regan podía convencerse también de que era efectivamente malo, tal vez el peor de los hombres que la tierra sostenía. Y pudo ver que era peor que Martin mil veces, cuando oyó a éste expresarse ante el doctor que quedaba encargado de evitar que se muriera, por lástima, que por justicia mejor hubiera desaparecido.

—Doctor—le dijo Martin—, he recibido un cuantioso cheque por mi libro. Voy a depositar aquí una cantidad en la cuenta de Smitters, a fin de que usted cuide de que no le falte nada... Y gracias, doctor.

—¿Qué te propones, Martin?—le pregunta humillado Regan.

—¿Recuerdas, Regan, cuando teníamos que subir a pedirte lo nuestro como una limosna? ¿Y... una vez que un niño te pidió para unas tarjetas postales? Pues yo voy a dejar este dinero a Smitters para ti, pero tú vas a tener que pedirselo céntimo a céntimo.

—Te reconozco, Martín—le dice Regan—. Por un momento creí que habías cambiado... Hay una sola cosa que me da pena: no poder tener ya con quien pelear. Adiós, señor.

—Buen viaje, Butch—le dijo Martín, despidiéndose para emprender el regreso a su casa y a sus preocupaciones literarias, consagrado ya por la fama e influyendo en las cosas, redimiendo, a pesar de los criterios excesivamente liberales de Briseden.

## X

—...Cuando llegamos al claro de la selva, se volvió y nos miró fijamente. Un minuto después había desaparecido. Y eso fué lo último que hemos sabido y oído de Peterson.

—¡Eso es asombroso!—se oye repetir en murmullo por todos los presentes.

Asistimos a una reunión en casa del viejo Morley, en el ya conocido salón, amplio y suntuoso de la casa del armador. Martín está sentado, como un rey mago que trajera nuevas de un mundo desconocido y presentes de unos príncipes fabulosamente ricos, que además fueran hermosos y hubieran de llegar de un momento a otro. Ha hecho honor a su ya bien ganada reputación literaria, refiriéndoles una historia, una fantasía, que ha llegado a conmover los ánimos, a entusiasmar a las señoras y, también, a algunos caballeros.

—Es una historia muy interesante, Martín—le dice familiarmente la señora Morley.

—Sí que lo es, Martín—se suma al elogio el viejo Morley—. ¿Por qué no la ha publicado?

—Pienso hacerlo—manifiesta Eden—, si algún día tengo tiempo suficiente para ello.

Martín Eden es ahora el príncipe de su propia leyenda, cuando él escriba la más bella leyenda del mejor de los príncipes. Los

asistentes le rodean, sentado como un buda en un bajo sillón, y mirándoles hacia arriba, como si ahora lo pequeño y despreciable se mirara desde abajo.

Por muy extraño que le pareciera todo aquello, los intereses, la vida cómoda, una vejez sin luchas, pudieron más en el corazón de Morley. Después de todo, Martín Eden ya no era aquel miserable marinero, que desarrapado de cuerpo y de espíritu, había violentado una vez la entrada en su casa, para hablarlo de unos asuntos a que él no concedió importancia, y de veras que la tenían, ¡la están teniendo ahora mismo! Martín Eden es hoy un hombre que llama la atención de un gran público, cuyas novelas se honran en publicar las revistas más famosas y extendidas, a quien estarían adorando a distancia mil jóvenes mujeres, que nada envidiarían a su hija...

Ese hombre tan rápidamente transformado en una potencia temible, ha sido llamado al despacho del viejo Morley. No le ha sorprendido que quisieran sacarle unos momentos de entre tantas mujeres, para conversar entre hombres, pues ese clima de virilidad es el que al hombre le va.

—Vamos a llegar a un acuerdo con usted, señor Eden—le dice con cierta solemnidad el abogado.

Martín le mira, también hacia arriba, pues se halla sentado con una pierna cruzada sobre la otra, fumando un aromático cigarrillo que promete influir poderosamente en las páginas que, a partir de entonces, vayan brotando de su pluma. Le mira con cierta indefinición de espíritu y al mismo tiempo desconfianza, pues cuando los abogados toman la palabra se está llegando a las resoluciones.

—Ya sabe—prosigue el letrado—que la revisión del proceso de Joe Dawson está señalada para mañana.

—Sí.

—Pues... nosotros queremos pedirle que no utilice esa confesión.

—Por ella—dice Martín, reposadamente y con firmeza—sali en persecución de Butch Regan. Esa confesión sacará a Joe Dawson de la cárcel.

—Pero suponga usted—arguye el abogado—que le señalamos un medio diferente, un medio que nos favorecería a nosotros... Vamos a ser francos con usted, Eder, porque ahora vemos ya que es usted de los nuestros.

—He hecho—toma la palabra el armador—una buena limpieza en mis barcos, como usted sabe, Martín. Admito que hayan sucedido cosas extrañas a espaldas mías. Pero no podemos permitir que el público crea que «El Barco de la Muerte» relata un ciento por ciento de la verdad. Arruinaría mi empresa, mi familia y... no creo que usted se proponga eso.

—No—concede Martín.

—Pues bien—sigue el abogado—nuestra proposición es esta. Queremos que usted se presente ante el Tribunal y declare que «El Barco de la Muerte» es una ficción, no un hecho real.

—Y a cambio de eso—le acosa Morley—le damos nuestra palabra de que antes de un año su amigo está fuera de la cárcel, libre y perdonado.

—¡Padre, esa solución es maravillosa para todos!—exclama Ruth, que ha estado presente, al lado de Martín.

—¿Perdonado?—pregunta Martín—. ¿Por qué Joe Dawson necesita ser perdonado? El perdón deja en duda a ese hombre. Joe debe ser rehabilitado.

—Sea usted práctico, Eder—apremia el abogado.

—La vida tiene muchos compromisos, muchacho—insiste Morley—, para un hombre que quiere triunfar.

—¿Es eso lo que tú quieres, Ruth?—pregunta Martín a la hija de Morley, que está más hermosa que nunca y se ha vestido con sus mejores galas para recibir al hombre de todas sus ilusiones.

—Sí.

Martín lucha entre el amor y sus concesiones a la más alta nobleza del espíritu. De momento parece hallarse conforme con todo: con Ruth, con los deseos de Ruth y de su familia y con las soluciones astutamente sugeridas de su abogado. Pero...

La calle le refrescará ideas y sentimientos y aprovecha la hora muy aconsejable para ponerse en camino hacia su nido.

—¡Martín!—le llama a poco de salir una voz amiga. Es Connie Dawson que le sigue siempre como un perro fiel.

—¡Connie!—le responde él—. Iba a ir a verte mañana.

—¡Ah!—se desespera ella—. Estoy en la jefatura de la fábrica.

—Sí, ya lo sé. Hubiese ido a verte allí. Pero...

—Mira, Martín—le ataja ella, obligándolo a franquearse—, si tú crees que necesito explicarme lo que estás haciendo aquí con esos fantoches, estás excusado con nosotros, y sobre todo conmigo, excepto en una cosa. ¿Qué piensas declarar mañana en la causa?

—Lo mismo si declaro como si la causa continúa. ¡oe va a ser perdonado. Me lo han dicho, me lo han prometido.

—¿Y tú crees que esto es suficiente? ¿Que no estás obligado a decir la verdad?... Podemos ganar la causa sin tu ayuda, Martín; pero no podemos ganarla contra ti. Y ahora dime: ¿qué es lo que vas a hacer?

Los ánimos estaban demasiado cargados para llegar a una inteligencia sobre nada. Martín se despidió de Connie sin contestar a sus requerimientos, desapareció en las sombras de la noche, con el paso poco seguro, debido al cansancio y a las copas. Pasará esa noche angustiosa para Connie, noche de insomnio invencible en el más desolador de los abandonos. Despierta saludó las primeras luces del alba y cuando Martín llegó, con el tiempo algo menos que justo, cuando ya todos se acomodaban en la sala de la Audiencia, todo su sistema nervioso no era el órgano más o menos reglado de su sensibilidad de mujer, sino un ovillo de alambres crispados.

—Señor Morley—pregunta el fiscal al viejo armador, que ha ocupado la silla de los testigos—, ¿cuánto tiempo llevaba el capitán Regan a sus órdenes cuando ocurrió la rebelión?

—Ocho años. Los últimos tres, de capitán.

—¿Le consideraba usted buen capitán?—vuelve a preguntar el fiscal.

—Naturalmente. De otro modo no hubiera estado a mi servicio.

—¡Hum!...—exclama el fiscal, e insiste—: ¿En el capitán Regan de esa clase de oficiales que pueden dar a sus hombres motivos justificados para rebelarse?

—En absoluto.

El juez tiene que intervenir varias veces para imponer silencio a la sala, en que un murmullo constante de protesta quiere abrirse paso.

—¡Protesto!—se oye la voz de un abogado.

—Aceptada la protesta.

—Señor Morley—sigue el fiscal—: ¿Las condiciones de sus barcos marcanes justifican de algún modo la rebelión del procesado Joe Dawson? ¿O las declaraciones hechas por Martín Eden en su libro «El Barco de la Muerte»?

—De ningún modo.

—¿Discutió usted alguna vez esas condiciones con el señor Eden?

—Claro que lo hice. Estoy siempre dispuesto a ejercer vigilancia en nuestros barcos, así es que fui a bordo del «Loreley» unos cuantos meses después de la rebelión con el señor Eden y él mismo tuvo que reconocer que estaba equivocado.

—¡¡Protesto!!—grita otro abogado.

—Aceptada la protesta—dice el juez.

Ahora no es el fiscal, sino un abogado el que interroga a Morley.

—¿No es verdad, señor Morley—le dice—, que recientemente, después de ser publicado «El Barco de la Muerte», probó usted la comida que sirven en sus barcos?

—Es costumbre nuestra investigar siempre las condiciones de nuestros barcos.

—Pero también es verdad que, después de la publicación de «El Barco de la Muerte», volvió usted a colocar en su puesto al capitán Regan.

—Es costumbre nuestra también—contesta Morley sin inmutarse—someter a prueba al personal de nuestros barcos. Creo que el señor Eden constatará esto más adelante.

—Ya os lo decía yo—le dice Mike, uno de los marineros

del «Loreley», todos presentes en la causa, a Connie—. Va a dejar que arrojen a Joe al agua.

—Señorita Morley—dice el fiscal, cuando ésta se hubo sentado en el sillón para declarar—. ¿cuánto tiempo hace que conoce usted a Martín Eden?

—¡Protesto, señor juez!!—grita uno de los abogados, a voz en grito y adelantándose—. Martín Eden no tiene por qué ser nombrado aquí ni tampoco su libro. Ese es truco para embrollar el hecho por el cual el procesado ha sido sentenciado.

—Señor juez—se vuelve el fiscal—, intentamos demostrar que Martín Eden y su libro son los responsables de esta revisión y que «El barco de la Muerte» es un cúmulo de mentiras, ficciones sin ningún valor real.

—La protesta aceptada—dice el juez—. Continúe.

—Señorita Morley, ¿ha tenido usted alguna discusión con el señor Eden sobre el libro?

—Sí, muchas—afirma Ruth—. El yo y el señor Brisenden. El señor Brisenden dice que los escritores tienen que exagerar la verdad para causar sensación.

—¿Y el señor Eden repitió esas mismas palabras?

—Sí. Dijo que eran trucos del oficio. Dijo que «El barco de la Muerte» tenía que dar la impresión de cosas que no existirían jamás.

—Comprendo—comenta el fiscal—. Puede interrogar a la testigo—dirigiéndose a uno de los abogados.

—No necesito interrogarla—contesta éste.

—¡Mentiras!... ¿Qué te decía yo?... Me vuelven a congoñar—lamentaba y se indignaba Joe desde el banquillo del reo.

Martín Eden se halla prestando juramento. En la sala, que le recuerda todavía desde la primera sesión en el proceso contra Joe Dawson por el calor con que quiso abrirse paso a través del cerco de hierro de las rutinas, hay enorme expectación. Los murmullos suben de tono y hace recordar el mar. Nos da la sensación de ver al «Loreley» avanzando sobre las olas, olas que están allí dentro, contemplando con ojos invisibles ahora lo que un día contempló real y viviente, cuando eran no historia, sobre

la cual cabe dudar, sino hecho, cosas ante cuya evidencia no hay más que rendirse.

—Levante la mano derecha—le dice un ujier—. ¿jura usted solemnemente que la declaración que va a prestar ante este Tribunal es la verdad y nada más que la verdad?

—Juro—contesta Martín Eden, que se halla de pie, con el brazo levantado. Toma luego asiento y se acerca el fiscal.

—Escribió usted un libro titulado «El Barco de la muerte»

—Así es—contesta Martín Eden, firme en sus palabras.

—¿Es una copia de él lo que trae usted ahí?

—Es el manuscrito original.

—Señor juez, a su disposición—dice el fiscal, depositando sobre la mesa el original de «El Barco de la Muerte», que ha navegado tanto y ha rodado más de despacho en despacho por todas las casas editoras.

—Entonces, señor Eden—prosigue el fiscal—, conteste a una sola cosa: ¿Ese libro es un relato verdadero o una ficción?

Martín Eden se pone de pie. En la sala se levanta un denso murmullo y el juez tiene que llamar la atención, golpeando la mesa con el macillo que tiene a esos efectos.

—«El Barco de la Muerte»—afirma Eden—es todo verdad, señor abogado. Todo ello ha sucedido. Yo no he inventado nada.

Otra vez los murmullos, especialmente de la marinería presente obligan al juez a imponer enérgicamente silencio.

—Señor juez—arguye el fiscal—, Martín Eden ha alcanzado gran reputación como autor imaginativo. No hay, pues, razón para considerar que de todas sus historias sea ésta la única excepción.

Es un momento de acaloramiento sumo: en unos, de desilusión; en los otros, de rencores y desesperanzas.

—Creo que lo habrá usted leído, señor juez—interrumpe Martín, refiriéndose a las declaraciones suyas ya antiguas, en el proceso en que se condenó a Dawson—. Yo dije un día que todo el mundo me escucharía la verdad. Me ha llevado esto bastante más tiempo del que yo pensaba, en palabras y en hechos. Yo he puesto siempre todas mis energías y todo mi es-

fuerzo al servicio de la verdad. No obstante, cierto amigo me acusa de ser un traidor. Yo tenía que defenderme, de justificarme, para lo cual no había de bastar sólo mi palabra. ¿Quiere usted permitirme que lea esto? —sacando de su cartera un pliego manuscrito.

—Proceda—otorga el juez.

Martin desdobra el papel. La expectación marca un punto de explosión y hasta los propios magistrados del Tribunal están con los ánimos en tensión. Vemos a la marinería en pie. Vemos a Morley, desencajado. Vemos a Ruth, por cuyas mejillas empiezan a rodar las primeras lágrimas. Diríase que asisten al hundimiento de su último barco. Martin Eden estira el pliego e inicia su lectura:

«A quien esto pueda interesar, yo juro solemnemente que toda palabra escrita por Martín Eden en su libro «El Barco de la Muerte» es la pura verdad. Lo juro ante Dios. Firmado: Butch Regan.»

El desbordamiento del entusiasmo es indescriptible. Los marineros se abrazan unos a otros, gritan y se abalanzan sobre la mesa en que se halla Joe Dawson, que por fin y gracias a las gestiones y esfuerzos del amigo, se ve definitivamente libre y repuesto en su primera consideración de hombre bueno. Morley, su abogado y su hija salen precipitadamente de la sala, cual si temieran que aquel triunfo judicial resonante diera ánimos a aquellos mártires varigados para cometer cualquier atropello. Pero todo eso está muy distante de ocurrir. Es alegría, la alegría del triunfo contra la injusticia lo que se manifiesta, no una orgía de instintos criminales. Y por parte de Connie y Martín Eden, el amor. Porque han caído los ídolos deslumbrantes y vuelve al convencimiento de que Connie, aun teniendo que mirarse a sus manos para convencerse del nivel de su vida, es la mujer con quien debe unir sus gloriosos destinos.

FIN



# Ultimas Novedades

de

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



4 Ptas.

Hombres de presa

John Wayne

El mundo celestial

Hedy Lamarr

El ahijado de la muerte

Jorge Negrete

Los tres García

Pedro Infante

El Verdugo

Margarita Andrey

Noche eterna

Henry Fonda

Pasión que redime

Hedy Lamarr

Nunca la olvidaré

Irene Dunne

Noche y día

Gary Grant

El Barco de la Muerte

Glenn Ford